

MI BITÁCORA (SEPTIEMBRE)

MES 5

01/09/08

Los hombres tintados de verde se multiplicaron tanto que no hubo plaza, parque, terraza, lugar público de Madrid con más de diez metros que no tuviera uno. Siempre con la misma cantinela: media hora inmóvil, una hora actuando. Siempre con ese número final de desdoblamiento, con ese beso infantil en la mejilla, con esa moneda de cobre antigua que cae al suelo desde el asombro infantil, y esa desaparición del hombre desdoblado.

Pero de igual manera fueron creciendo las muertes de los niños que besaron a esos hombres. Primero María Loo, muerte que fue denunciada por la familia. Luego el padre de Ismael Brañas, que luchó desesperadamente con los espectros durante todo el día, allá en las alturas del andamio, y que terminó abrazándose, como último recurso pues él sabía que se le solicitaba la vida, al muerto de los cuernos de cabrón y dejándose caer con él al abismo; muerte que fue denunciada por la familia, pues Ismael no enmudeció, si no que habló, habló hasta la saciedad del sueño que había tenido, y de cómo en el sueño se le pedía la vida o que pasara la petición a otro; y que él había pedido ayuda a su padre, y que su padre aguantó el timón como un bravo capitán, hasta que el barco de su vida se hundió.

En poco más de un mes había en Madrid unos cincuenta mil hombres tintados de verde, y en los archivos policiales se amontonaban, esperando una investigación a fondo, un total de tres mil denuncias, todas ellas relacionadas con muertes ocurridas en circunstancias cuando menos pintorescas. Denuncias en las que un hombre de estas características, uno de estos magos tintados de verde, era el principio de una alucinación infantil que, siempre, terminaba en un accidente mortal, o en una muerte llena de incógnitas.

Los madrileños empezaron a mirarlos con malos ojos. Primero los insultaron, los abuchearon, les hicieron abandonar sus puestos de trabajo. Luego pasaron a la agresión, luego a las palizas; incluso, antes de que la autoridad municipal tomara cartas en el asunto, hubo un caso en el que el hombre de verde terminó en el suelo, a decir de todos muerto, hecho ceniza. Los madrileños no querían que estos hombres de verde estuvieran en sus calles. Pero la realidad era otra. La realidad era que pese a estos incidentes mínimos que sólo planteaban un problema de orden controlado, y que era la punta del iceberg del problema, el caso era que Madrid estaba invadido, infectado por una horda de hombres, de hombres tintados de ver.

Es más, llegó un momento en que estos seres, hartos del escarmiento, se defendieron. Hubo hombres de verde que levantaron en torno a sí una barrera circular, de color verde, perfectamente visible,

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

que repelía cualquier objeto que se les lanzara, como una cortina eléctrica de alto voltaje. Otros sin embargo, tejieron esta barrera en torno a sí, pero invisible: una coraza circular de diámetro oscilante, que utilizaban para cazar; para cazar, porque cada vez que uno tropezaba con ella, sobrevenía la multiplicación. Ahora ya no sólo se alimentaban del beso infantil, se alimentaban de todo cuanto entrara en contacto con ellos. Las palomas, por ejemplo, eran los objetos más comunes. Los perros. Los gatos, que eran atraídos en la noche por la fosforescencia que despedían los cuerpos de estos hombres.

Cuando el alcalde de Madrid se reunió con su gabinete de crisis, poco más allá de los tres meses, los hombres de verde eran un problema tan importante, y de tal gravedad, que nadie veía la solución. Nadie la veía porque incluso los bomberos, que había sido enviados a desalojar a más de uno, en más de una ocasión, habían sido repelidos con tal violencia, que había habido algunos heridos de pronóstico reservados; y lo más grave, que entre veinte y treinta bomberos habían desaparecido: tocar la barrera de protección que levantaban los hombres de verde y desaparecer era todo uno.

Mientras tanto, Teresa Dual, Carlos Marzal, Israel Ordóñez e Igaú, el hombre de hielo, seguían cayendo, envueltos en una luz blanca, en una luz sin nombre. El conductor del autobús bajaba hacia una ciudad blanca, con Fermín de Pas, el cura, y con Don Pedro, el médico, hablando apaciblemente sobre un texto de éste. Y yo, este policía de la Comisaría del Batán era ingresado de urgencia en un hospital de Toledo con un problema de estrés agudo y una subida ciertamente peligrosa de la tensión arterial.

02/09/2008

Pero todo esto fue el sábado, por la tarde. Ya el viernes amanecí con una fuerte presión en la zona cervical. Como trabajo mucho con ordenadores, esta dolencia es normal, así que me puse una crema analgésica y me tomé una pastilla de paracetamol, de quinientos miligramos. Pero no se quitaba, es más, iba en aumento. La llegada a Burujón, se hizo un calvario. Me tomé cuatro valerianas y me metí en la cama. Pero al día siguiente, estaba igual. Toda la mañana, mientras gestionaba el finiquito para el viaje a México del próximo día diez de septiembre estuve con una sensación siempre presente de mareo, con una especie de vómito a punto de salir. Por la tarde, después de la ceremonia de la boda, no pude más. No pude más y, acompañado de Teresa y de uno de mis cuñados, me acerqué al Hospital Tres Culturas, a urgencias. Recuerdo que Teresa y su hermano, durante el viaje, hablaban por los codos, y que yo añoraba el silencio. Recuerdo que hablaban de volver cuanto antes a la cena, y que yo no sabía si me iba a quedar ingresado o no: iba con mucho miedo, con una presión muy fuerte en la zona de la nuca. Me acordaba de mi abuela, que murió de un derrame cerebral.

En el hospital me recibieron enseguida. Eso tiene la sanidad privada, que no hay largas colas de espera. Me hicieron pasar a una sala cuadrangular, con una mesa en la que había una pantalla de ordenador, una cama, una maquina para mirar la tensión arterial, una silla para el médico, y dos sillas para los pacientes. La enfermera me pidió que me sentara. Así lo hice. Al instante llegó el doctor. Me preguntó la edad, si fumaba, si me conocía alguna alergia a medicamentos... y luego me preguntó qué me pasaba:

- Pues que llevo dos días con una opresión en el pecho que se pasa a la espalda y al brazo izquierdo, y lo que más una presión en la zona cervical, como si me fueran a estallar las venas en cualquier momento, acompañado todo ello con un sensación de mareo y nausea.

- ¿Ha vomitado? – preguntó el doctor.

- No

- Bien, entonces empecemos por la tensión arterial.

Me colocó la goma en el brazo izquierdo, la infló...

03/09/08

Los parámetros que registró la máquina eran muy elevados, así que el médico decidió ponerme bajo la lengua una pastilla para bajar la tensión arterial, una pastilla minúscula desde luego, de color amarillento, y una pastilla para bajar el nivel de estrés, de las mismas dimensiones y color que la anterior. Me tomaron también los niveles de glucosa. Estaba en la normalidad: ciento veinticinco. Pero la sensación de mareo y de presión en la zona cervical persistía. Así que el médico decidió que pasara a una zona de observación, que me pusieran una inyección, que la enfermera me puso en el la vena del envés de la mano derecha, y que me colocaran una vía, lo que llaman un abbocath, por la que hicieron gotear una solución de la que no sabría decir su composición, pero que tenía por objeto el disminuir, sino hacer desaparecer, esa presión en la zona próxima a la nuca.

Mientras, en el salón de plenos del ayuntamiento de Madrid, se presentaban los informes policiales, forenses, epidemiológico, etc., en relación con los hombres de verde. Y yo estaba allí, tumbado en aquella cama, contando las losetas de la porción de techo que la habitación improvisada que montaron con cortinas deslizantes me dejaba ver. Había seis, cuadradas, de un metro aproximadamente, de aspecto poroso, sobre unas barras que parecían de aluminio. Yo veía claramente varias cruces y recordaba su contenido espiritual. Pero no recé. Hace ya tiempo que no rezo. Perdí la fe y todavía me resisto, o no comprendo. Hay demasiado dolor en el mundo, demasiada maldad para creer en un dios eternamente bueno y compasivo.

Mientras, digo, en el salón de plenos se hablaba de la posibilidad de presentar un informe ante el Ministerio del Interior y que se ocupara el escalón superior. También que interviniera el Ejército, si hacia falta con la utilización de la fuerza. Otros abogaban por enviar un grupo de investigadores para que se tuviera constancia científica de la realidad física de los hechos relacionados con los hombres de verde; porque lo que estaba claro es que los hombres tintados de verde, no eran eso precisamente: no estaban tintados. Eran de piel verde. Alguno incluso planteaban la posibilidad de que no fueran humanos, que fueran vegetales. Otros que habían venido de otra dimensión, y aludían al extraño fenómeno de la moneda de cobre antigua, que hacía o debía de hacer como de catalizador. Pero nadie daba solución alguna, nadie planteaba un plan de choque coherente: palabrería, palabrería, palabrería. Y ellos estaban ahí, seguían ahí, en la calle; ahora extendiendo la mano hacia los cables de alta tensión y alimentándose de la corriente eléctrica, dejando manzanas completas sin luz.

Y yo, allí, en el hospital, en Toledo, descansando, con el teléfono móvil apagado, intentando que mi estado físico bajara a una situación de estabilidad. Finalmente, sobre las nueve de la noche, me volvieron a tomar la tensión arterial y ya estaba en los límites normales, y el dolor, la sensación de náusea habían desaparecido. Me dieron el alta. Oscurecía. Había una sombra roja en el horizonte. Nos subimos al

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

coche, Teresa, mi cuñado y yo, y fuimos en busca de la farmacia de guardia, que estaba muy cerca de la plaza de toros. Compré la medicina y enfilamos el coche hacia Burujón.

Como aquel día teníamos una boda - no sé si he dicho ya en alguna parte que estuvimos en la ceremonia religiosa a primera hora de la tarde -, que se celebró en Torrijos, y que la cena era a las nueve y media, en una casa de campo cerca de la viña; pues que mi mujer y mi cuñado querían ir. Yo sin embargo no me encontraba con ánimos. Me apetecía más tumbarme y dormir. Primero pensé en dejarles en la cena y que luego se vinieran a casa con alguno de los muchos conocidos; pero luego, pensé que puesto que me sentía mucho mejor, que lo lógico, para no asustar a nadie, era que me quedara. Así que así se lo hice saber. Aparcamos, entramos en el restaurante, nos sentamos a la mesa. Empezamos a comer: un plato de langostinos de distintos tamaños, luego un mero con espinacas. Aquí sonó el teléfono.

Era el comisario que me requería en Madrid. Yo le expliqué la situación; pero él insistió en que fuera.

- ¿Le importa que le mande a unos amigos? - dije -. Unos amigos muy especiales, seguro que ellos se encargan de todo.

- ¿No será una broma?

- No desde luego que no. Y, además, son especialistas en esto. A alguno de ellos ya los conoce. ¿Recuerda a Carlos Marzal?

- ¡ah! Pero ha aparecido Carlos.

- Sí.

- Y a la Juez Teresa Dual.

- ¿La ha localizado, porque nosotros hemos estado llamándola y temíamos que hubiera caído en manos de los hombres de verde?

- Sí, sé dónde está. Ahora mismo los mando para allá.

- Bueno, gracias. ¿Y tú no puedes venir?

- ¿Para qué me necesita a mí, comisario, para que tome nota de las decisiones que se toman?

- Para eso precisamente, que está con nosotros Antúnez, pero que ya sabe cómo es, un poco desastre.

- No se preocupe, comisario, que yendo estos amigos todo quedará perfectamente asentado. ¡Ah!, le mando además a otros dos personajes. Usted no los conoce, pero serán la mar de eficientes. Son hombres de pocas palabras, pero decididos. Uno se llama Israel Ordoñez, es poeta; pero no un poeta cualquiera. Es un poeta de los de la antigua usanza, un poeta que conoce el valor esencial de las palabras, que puede hacer maravillas. Y también le mando, a Igaú, el hombre de hielo, un tipo que se cubre con una gabardina, un tipo raro, muy frío; pero indestructible, un verdadero iceberg.

- ¿Y qué hago yo con estos?

- Nada, se los presenta al alcalde como la solución a sus problemas. Se los presenta y los deja actuar.

- ¿Estás seguro de lo que dices?

- Comisario, esto es el cuento del flautistas de Hamelín. Ustedes tienen Madrid invadido por unos supuestos hombres de verde, digamos

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

que son las ratas. Y necesitan a alguien que les saque las castañas del fuego, ¿No? Pues estos cuatro personajes son el flautista de Hamelín. Trátenmelos bien; y todo irá sobre ruedas.

04/08/08

El comisario del Barrio del Batán, cuando vio entrar a los cuatro personajes, sintió un miedo repentino. Sabía de la valía como psicólogo, como policía, y como hombre de acción de Carlos Marzal, de la sensatez y la integridad de la Juez Teresa Dual, así como de sus decisiones radicales, de su intuición no siempre acertada en lo político. Pero de los otros personajes, de Israel Ordóñez, el poeta, que identificó rápidamente con el hombre entrado en canas, y del hombre de la gabardina y el sombrero de fieltro marrón, que dejaba un reguero de agua tras sí, de esos no tenía noticia: y la verdad, su aspecto era poco menos que sospechoso. De esos personajes, que parecían salidos de un cómic, no tenía referencia alguna, sólo las palabras del auxiliar, de policía para todo, de ese policía eficiente que era su mano derecha.

Cuando entraron en la sala, el comisario se puso en pie, anduvo hacia la puerta atravesando en silencio de todos los concejales y autoridades económicas y militares que estaban en la sala, y, sin más preámbulos, los presentó al señor alcalde. Todos estrecharon la mano de la autoridad. Todos menos el hombre de hielo, Igaú, que, sin quitarse el sombrero hizo una reverencia un tanto exagerada que levantó más de una sonrisa.

- Disculpe señor, que no le dé la mano. Admítame esta reverencia como muestra de lealtad de este súbdito suyo. Y no entienda, por favor este no darle la mano como una ofensa, sino como una prevención. Mire lo que ocurriría si usted entrara en contacto conmigo.

Y dirigiéndose a los demás, dijo:

- Por favor, apártense de la mesa, no la toquen.

Acto seguido, puso la mano sobre la madera y, al instante, el mueble quedó bajo una capa de hielo de más de un centímetro.

Todos se quedaron con los ojos llenos de asombro, envueltos en un silencio glacial.

- Bien, y ¿qué piensan hacer? – preguntó el alcalde.

- Primero, dígnanos cual es el problema, que de donde nosotros venimos, nada se sabe.

A las tres de la tarde del domingo treinta y uno de agosto, mientras yo dormía la siesta en Burujón, estos cuatro pasajeros de mi autobús, estaban en la Calle del Arenal, frente al hombre de verde. El sol lucía en lo alto, la gente iba de aquí para allá. El hombre estaba dentro de su coraza verde, de su círculo verde, de su espacio transparente. Se le veía sentado, inmóvil, con los ojo fijos en el reloj de La Puerta del Sol, como si disfrutara con el paso del tiempo, con la mano derecha levantada a la altura de los ojos, sosteniendo la moneda antigua de cobre, entre los dedos índice y corazón, como diciendo, he aquí el meollo de esta historia.

Igaú, para que no se planteara posibilidad alguna de heridos o de intento de huir del hombre, se transformó en un cilindro de hielo en torno al cilindro verde del hombre, cubierto en la altura por una capa de hielo más fina. Un cilindro de hielo de cuatro metros de altura por

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

dos metros de ancho. La gota líquida, el único atisbo de humanidad que le quedaba en estas situaciones comprometidas, la dejó en la cara norte, a la sombra de uno de los edificios. Dentro estaban la Juez, Carlos Marzal e Israel Ordóñez.

- Señor - dijo la juez al hombre sentado en la silla -, ¿tendría la amabilidad de decirnos quién es?

El hombre no dijo nada. Sólo la miró, le sonrió, volvió sus ojos al reloj.

Entonces la juez, sin mediar palabra, sacó la pistola, apuntó a la moneda de cobre y disparó. La bala atravesó la pared verde que protegía al hombre, atravesó la moneda limpiamente con un ruido sibilino, y alcanzó el otro lado de la pared verde; pero no impactó en el hielo que era Igaú. Se quedó en el aire. Quieta, contradiciendo todas las leyes de la física. El hombre de verde sonreía. Israel Ordóñez, envuelto en su campo de fuerza azul, se acercó a la bala inmóvil, se puso las gafas de cerca, y estuvo un rato observándola, como pasmado.

Mientras, Carlos Marzal había preparado su escopeta de cañones recortados. Disparó al cuerpo del hombre. Los proyectiles impactaron en él, pero rebotaron y cayeron al suelo, como si nada.

- Intentemos entrar - dijo la juez.

- No sabemos a dónde nos conduce eso - contestó Carlos.

- Algo habrá que hacer, ¿no? - replicó la juez.

- Sí, pero ¿qué?

- Un momento - dijo entonces Israel -, mirad esto.

La juez y Carlos se acercaron. La bala estaba creciendo, rápidamente. Israel, sin poder contenerse, puso su mano cubierta por su campo de fuerza sobre el metal en expansión. Su coraza se puso al rojo. Retiró la mano. Y pasmado, dijo:

- Es una mujer.

- ¿Qué es una mujer?

- La bala, la bala está mutando en mujer.

Nadie podía salir de su asombro. Pero así fue. A las tres y media de la tarde, mientras yo dormía y soñaba con que mi padre no se había tomado las pastillas y se ponía peor, Jacinta Ramos, la mujer teléfono, la que sabe lo que es un punto de incongruencia, la que cada día vive una vida distinta, con unos recuerdos distintos, estaba allí, con ellos. Y nadie sabía qué o quién la había llevado a ese lugar.

05/09/08

Jacinta Ramos saluda primero a Carlos Marzal, con una sonrisa franca y un brillo de amor en los ojos; luego a la juez, Teresa Dual, a la que le da las gracias por avisarla. A Israel Ordóñez le dedica una mirada de admiración y le da un beso en la mejilla. La mano derecha acaricia la pared de hielo que es Igaú, la acaricia y no pasa nada, no se queda helada, que sería lo que cabía esperar.

-¿Entonces es con ella con la que hablabas? – pregunta Carlos.

- Sí con la juez, siempre ha sido así.

- ¿Y por qué no debía saber yo eso?

- Porque nadie debía saber de esta conexión, así de sencillo.

- Entonces, ¿recuerdas quién eres?

- Hoy sí, hoy es uno de esos días claros, no uno de esos días en que la angustia del no ser se cierne sobre una. Hoy recuerdo todos los detalles: mi matrimonio con el hombre rico, mi matrimonio fracasado. Mi encuentro contigo en México y la infección del cruciforme. Mi constante ir y venir por las vidas de otras personas, desde entonces. El implante de este teléfono a manos de El Alcaudón. Y, lo más importante, el por qué estoy aquí hoy, y la manera de eliminar este problema que padece la ciudad de Madrid.

- Bueno, pues tú dirás – dicen todos a coro.

- El hombre de verde es sólo una apariencia, digamos una fotografía tridimensional que interactúa con el medio en el que se encuentra. En realidad es un ser muy antiguo, casi tan antiguo como Igaú, el hombre de hielo que nos protege. Pertenece al elenco de las divinidades prehispánicas que habitan en el interior de la Pirámide de la Luna, esa pirámide sita en las afueras de México DF. Es una de las ánimas que habitan la cámara subterránea más profunda que hay bajo ella. Su único deseo es la adquisición de toda parcela de amor e inocencia que encuentre. En un mundo sin esas cualidades no es nada, se siente tan extraña, que regresa, regresa a su oscuro templo de dolor. Así que profesor, es la suya. La suya y la mía. La suya porque ha de recitar el poema más triste que recuerde, las palabras más nostálgicas que recuerde. La mía porque si consigo que ese trasvase ínter dimensional que se realiza a través de esa moneda de cobre viejo, se realice a través del cruciforme que ocupa mi pecho, a lo mejor. ¡Ojala, y me pueda deshacer de él! Intentémoslo pues.

- ¿Y si no da resultado? – pregunta con cara de preocupación Carlos, cogiendo de las manos a Jacinta.

- Si no resulta, entonces sí que tenemos un problema en toda regla, un problema irresoluble. Bueno, pero a ello.

- ¿Profesor, listo?

- Recuerdo un poema de un tal Santiago Solano, de un libro titulado Olía a traición y soledad. Yo creo que es bueno, triste, melancólico.

- Bien, pues a ello – dice Jacinta Ramos.

El profesor empieza a recitar:

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

- *“En las calles de Santa Cruz, en aquellas mismas calles que te vieron crecer y olieron tus perfumes, hay ahora un desierto. Quizás únicamente sea el frío de Diciembre, bajo este sol indolente que no cumple, que olvida el sagrado deber, que deja de calentar la sangre de los pocos viejos que se marchitan en el claustro de sus casas destartadas, que asoman las narices y el miedo por la rendija de la puerta, que regresan al brasero, y callan, y acaso derraman una lágrima verdadera de ausencias, o de tristeza, o de nostalgia”.*

Mientras tanto, Jacinta pone su mano sobre la pared verde y no ocurre nada, pone su cara, y no pasa nada. Traspasa la pared y el hombre de verde la mira con temor. Ella toma la moneda de cobre viejo agujereada por el disparo de la juez, se la lleva al pecho, la pone sobre el cruciforme. La moneda y el cruciforme interactúan. El cruciforme cambia de color, se pone marrón. La moneda cambia de color, se pone azul. De pronto una nube verde llega de lo alto y se introduce el cuerpo de Jacinta. Jacinta se tambalea como si hubiera recibido un disparo en el pecho

El profesor sigue recitando:

- *“Santa Cruz de la Sierra duerme, como tú; espera los meses del verano y las risas que la vuelta de los emigrados trae, aguarda emboscada en la sombra de la sierra. Atrás quedan los cantos de los monjes; encerradas en algún libro destruido están las historias y los mitos de la vieja laguna, la tumba de Viriato. Y la ilusión del nuevo renacimiento es un sueño que se pierde en el horizonte lejano, verde oliva, blanco, negro. Como tú, que vienes y te escondes en estas palabras y nos haces creer que es posible volver”.*

Mientras tanto, las nubes verdes van llegando cada vez a un ritmo más acelerado, van entrando cada vez más deprisa en la moneda sobre el cruciforme. El cruciforme y la moneda, la moneda y el cruciforme, dos parásitos sobre el cuerpo de Jacinta, de Jacinta que tiembla de dolor. Carlos Marzal lo ve todo con ojos de espanto, prepara su escopeta, pero no dispara. La juez le sujeta la mano. Le dice que no con la cabeza. Igaú, el hombre de hielo también siente la presión de la fuerza telúrica que atraviesa el cuerpo de Jacinta. El hielo se tiñe de rojo, como si un ejército entero estuviera ahogándose en sus profundidades.

El profesor sigue recitando:

- *“En Santa Cruz de la Sierra, las raíces de las gentes que pueblan las ciudades, que llenan las fábricas, están esparcidas por las veredas, a la intemperie, pudriéndose, secándose, impregnando el aire de otros aires, contando historias de otro tiempo. Es fácil ver un carro cargado de trigo que arrastra un viejo asno cansado. Es fácil sentir el cantar pausado del que ara, del que siembra, del que suda, del que sueña con vivir. Es fácil, finalmente, acceder al corazón del ayer e imaginar lo que no se fue, lo que pudo ser.*

Finalmente, el hombre de verde sentado en la silla, tras la caída del círculo verde que le preserva, se hace también nube y entra en la moneda, en el cruciforme. Jacinta cae al suelo, desvanecida, boca

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

abajo. Carlos Marzal, con el corazón herido de amor, corre hacia ella. Le da la vuelta. Ella tiene los ojos cerrados. No respira. Está blanca. Igaú se hace más humano: ya no es un bloque de hielo, si no una forma humana que oculta una gabardina. Carlos Marzal grita:

- ¡Una ambulancia, por favor, una ambulancia!

Y cuando mira el pecho de Jacinta advierte que el cruciforme no está, que la moneda de cobre antigua tampoco. Sólo unas palabras escritas a fuego: “Nos vemos en la Pirámide de la Luna”.

08/09/08

Israel llama al ciento doce y solicita una ambulancia. En cinco minutos llega. Igaú, el hombre de hielo, mientras los sanitarios preparan a la enferma para el traslado, se reduce a un punto de hielo y se pega al espejo retrovisor del lado del conductor. Entuban a Jacinta y se la llevan. La ingresan en la Clínica Moncloa, la de la Avenida de Valladolid. Carlos Marzal se va con ella, echo un ovillo de lágrimas. Igaú, cuando llegan a destino, se hace de nuevo gabardina y sombrero, se aleja lentamente hacia los árboles, hacia la calle de la Senda del Rey: “una gota en un árbol es nada”, piensa: “Es un buen sitio para esperar”. Carlos Marzal lo ve alejarse. Le gustaría llamarle, agradecerle todo lo que ha hecho, pero el dolor por lo acaecido con Jacinta es intenso, quiere, no tiene otra salida que estar junto a ella, pegado a ella, a esta Jacinta que parece haber entrado de nuevo en la historia de su vida.

La juez Teresa Dual hace varias llamadas de teléfono, habla con distintos agentes de movilidad y corrobora que no queda ni rastro de los hombres de verde en todo Madrid. Cuando las autoridades confirman lo mismo, la capital del reino es una fiesta. Israel Ordóñez sonríe a las cámaras de televisión cuando le interrogan sobre lo sucedido al otro lado del bloque de hielo; sonríe y dice:

- Nada amigos, el poder de la palabra poética que ha hecho su efecto.

La juez da más detalles, sabe que los ciudadanos tienen derecho a la información. Dice que ha sido la combinación de un disparo acertado - y cuenta cómo fue ella la primera en romper el fuego, en taladrar la moneda de cobre antigua -, con otros elementos que a simple vista pueden ser tildados de fantásticos, elementos que habrá que estudiar detenidamente, y para los que está dispuesta desde el mismo momento en el que habla a realizar. Luego pasa a explicar la inmersión de Jacinta en el mundo verde y algunos detalles de lo ocurrido que los ciudadanos conocen bien pues lo han visto ejecutar a los hombres de verde: “la inmersión en la moneda de cobre”.

.....

Yo sigo tomando las pastillas para bajar la tensión arterial. Teresa, ayer domingo, después de un sábado movidito de reuniones, comparencias públicas, etc., ha llegado a casa muy cansada, a las diez de la noche. Ha dicho que tendría que ir a Méjico, que saldría pasado mañana, miércoles, a la una y veinte de la madrugada, con Carlos Marzal, e Israel, que si me apuntaba como fotógrafo. Yo le he dicho que sí, pero que había que contar con mi jefe, con el Comisario Jefe del Batán. Ella le ha llamado.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

- Sin problemas. Vienes. Mañana lunes te pasas por la comisaría a por la autorización. ¿Tienes los papeles en regla? – ha preguntado ella.

- No sé. Voy a ver.

- ¿Los tienes, o no?

- El pasaporte sí, el Documento Nacional de Identidad me caduca el próximo veinte de septiembre.

- ¡Qué casualidad! – dice ella.

- Bueno, pues el lunes te lo renuevas, y luego te vas a la comisaría, que yo tengo una reunión de urgencia con la presidenta de la comunidad, que ya que voy a Méjico, quiere que me ocupe de no sé qué. Si no te importa encárgate de hacer las maletas. Nada de ropa de primer nivel, todo muy sencillo, ya sabes.

-----

Esta mañana pues, me he levantado muy temprano, a las seis y media. Me he afeitado y me he ido a la comisaría de la calle de la luna, que es en donde cursan ahora los nuevos documentos. Podría haber llamado por teléfono, decirles quién era, que me iba a Méjico por cuestiones laborales, que... pero he decidido hacerlo como un ciudadano de a pie. Se lo he dicho a Teresa y me ha dicho que lo que yo quisiera que ella ya tenía bastantes quebraderos de cabeza. Ahora, Igaú, había desaparecido y nadie sabía nada. Yo no he dicho nada, claro, solamente:

- No te preocupes, él sabe cuidarse, ya aparecerá.

En la cola para renovar el carné de identidad, en la libreta de notas que llevo en el bolsillo de la camisa, he escrito esto:

*“El pueblo, el pueblo al que llegan los cincuenta mil hombres de verde que has desaparecido de Madrid, se llamaba Panadería la Flor de Babia. Enseguida pensé en lo de estar en Babia, en estar ido, ausente. ¿Estaría toda la gente de este pueblo en Babia? ¿Serían todos los habitantes del pueblo panaderos? O, sólo, que en el pueblo había una panadería, con un panadero famoso, que estaba siempre en Babia. Estoy en la cola de la comisaría de la calle de la luna, no en la luna precisamente, a ver si, puedo renovar el carné de identidad. En la puerta hay un cartel que da un teléfono para cita previa, y otro que dice que los números para la renovación de los documentos de identidad están agotados. Hay algo contradictorio. Cita previa o número; o quizás las dos cosas a la vez. Ya veremos”.*

En el autobús, arreglado ya lo del carné, me han entrado unas ganas locas de escribir, luego una opresión fuerte en el pecho, una sensación de mareo, una angustia. He recordado que con el ajeteo de esta mañana no me había tomado la pastilla para la tensión arterial. Los nervios, el madrugón... La tensión arterial, por las nubes; seguro

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

que es eso. ¿Será cierto? Veamos. Ahora estoy en casa. Y tengo el aparato. Veamos.

Pues tengo nueve de mínima y doce y media de máxima, con setenta y nueve pulsaciones por minuto. ¿Un poco descompensada, no? Pero estoy contento. Pasado mañana, a Méjico. Mi primer salto oceánico. Toda una aventura.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

09/09/08

A Panadería la Flor de Babia sólo se puede llegar desde La Mussara, pueblo abandonado de la provincia de Tarragona, pueblo lleno de misterio, casi un sitio al que irás y no volverás, tal y como le pasó a Enrique Martínez Ortiz en mil novecientos noventa y uno, que llegó a los campos del pueblo con unos amigos en busca de espárragos y “rovellons” y no volvió nunca: “iba detrás de nosotros, hablando con nosotros, riendo cuando era la ocasión, y de repente, ya no nos contestó, miramos atrás y ya no estaba”, dijeron los amigos. Estaban en La Mussara, en las proximidades del camino en donde antaño estuvo la puerta, una piedra circular, de piedra, de una sola pieza, clavada en el suelo, que unas veces dejaba que entraras en La Mussara y que otras no: otras te mandaba directamente a Panadería la Flor de Babia.

Panadería la Flor de Babia no tiene nada que ver con la Babia española, con esa comarca situada al norte de la provincia de León. Sólo el final del nombre es idéntico. Este pueblo de nombre tan largo y tan sugerente está muy cerca de ese otro pueblo en el que un día se abrió un agujero en el cielo - hablo de San Rafael de los Sueños - y todos los vecinos estuvieron a punto de ser aspirados por él; muy cerca de ese pueblo tranquilo en el que la luz azul de la estrella Alastái cae plácidamente.

Como en San Rafael, en realidad como en todos los pueblos de este mundo paralelo al nuestro, la gente es amable, hace del trabajo para la subsistencia el centro de su vida y todo transcurre apaciblemente. Hay un alcalde sabio, casado con una joven y hermosa mujer de la que ha tenido ya tres hijos estremecedoramente niños, un maestro doctorado en horticultura silvestre, con gafas de cristales de culo de botella, que fue precisamente quien descubrió la flor, esa flor única que sólo crece en los terrenos comunales del pueblo. Un sacerdote joven que es santo y no lo sabe, y todas las almas que han ido viniendo desde La Mussara procedentes de un variopinto abanico de destinos.

Pero lo mejor del pueblo, lo mejor de Panadería la Flor de Babia, es, evidentemente, el pan. Es un pan blanco, aparentemente un pan cualquiera. Pero en él, el panadero, Juan, que es muy amigo de los experimentos, amén de algún comino que otro, o de una pimienta negra molida, hecha siempre, diluida en el agua de la fuente del avellano, la esencia de la Flor de Babia, esa planta única que descubriera Don Anselmo, el maestro. El pan por sí sólo es ya un alimento completo. Ya no hace falta otra cosa para comer. Hoy lo comes y sabe a bocadillo de tortilla, mañana lo comes y es chorizo, o panceta, o queso, o cualquier otra exquisitez que desee el que lo come. Porque esa es la cualidad de la esencia de la Flor de Babia, que da a quien lo come el gusto de lo que quisiera comer.

Y no sólo eso. Este pan da la felicidad pues no sólo cubre las necesidades fisiológicas, sino que estimula el cerebro de tal manera que cualquier tarea intelectual que uno se proponga la podrá hacer sin

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

mayor dificultad, y en cuestión de amores, es todavía más fácil, porque es, ella precisamente, quien orienta los sentimientos de tal manera que las parejas que se forman son siempre perfectas. Para quienes no tienen complemento físico la flor crea una especie de inhibición que calma todas las necesidades, e incluso las apaga por completo.

Bien, pues cuando los cincuenta mil hombres de verde procedentes de Madrid cayeron en los campos que circundan el pueblo llamado Panadería la Flor de Babia, se formó un revuelo como nunca antes se había formado. Todos los vecinos, niños y niñas incluidos, salieron de casa y formaron una barrera en torno al pueblo. Todos sabían que estos hombres no eran tal, que estos hombres eran en realidad uno solo, un solo ser vegetal que se alimentaba de la felicidad de los demás, un único ser vegetal que dejaba al descubierto en cada persona todo lo malo de ella misma, y que la llevaba a la muerte, un ser que era portador de lo maléfico, de ese espacio de dolor y sufrimientos que en Panadería la Flor de Babia habían ya desechado hacía mucho tiempo.

Eran dos ejércitos enfrentados. Por parte de los “florbabianos” se adelantó el sacerdote, alto, delgado, blanco como el amor. Por parte de los de verde, el de la Calle del Arenal, verde tormenta, sin la moneda de cobre antigua, con el cruciforme plantado en el pecho.

- Sabemos quiénes sois y por qué estáis aquí. No hace falta que hagáis ningún tipo de juego de malabares, que ya nos los conocemos todos. Sabemos que viene con vosotros el cruciforme, esa criatura terrible que os cambia la vida. Sabemos que pronto, el parásito empezará a llevaros de un sitio a otro; que no estaréis mucho con nosotros, pero que podéis hacernos mucho daño. Así que os ofrecemos nuestro pan, que seguro os ayudará en este tránsito. Vosotros no lo conocéis, pero él os ayudará.

El hombre de verde tormenta no dijo nada, se quedó mirando la endeble apariencia del cura. Sonrió. Extendió la mano derecha con furia, como si fuera a empezar una pelea. El sacerdote saltó atrás a la velocidad del rayo. El hombre de verde tormenta volvió a sonreír.

- Seríais unos buenos adversarios. Seréis unos buenos adversarios. Pero tenemos hambre. Tú ya sabes de qué. Necesitamos la alegría del ser humano. Sin ella no somos nada. Pero sabéis mucho de nosotros, demasiado. Probemos ese pan.

La pared humana creada por los “florbabianos” se abrió para dejar paso a una carreta tirada por bueyes, una carreta llena de pan, de ese pan que hace Juan, de ese pan mágico que transforma, de pan de Babia. Los hombres de verde comieron. Y a medida que comían iban regresando al único.

Desde aquel día, en el pueblo Panadería Flor de Babia, hubo un ciudadano más, el hombre de verde, el hombre de verde oscuro, el hombre que llevaba en el pecho el cruciforme, el hombre que algún día saltaría a otro lugar y conocería lo que es una incongruencia.

10/09/08

*( Copia literal del texto manuscrito del cuaderno naranja.)*

Ayer, bueno hoy, porque el día, aquí en México D.F., no ha terminado todavía; ayer digo, a la una y veinte de la mañana, justo en el momento en que nos tocaba salir empezó a llover a cántaros. Teresa y yo mirábamos por la ventanilla y veíamos caer la lluvia. Yo, que soy muy miedosos, pensaba en el accidente de hace unos días y me daba miedo iniciar el viaje en esas condiciones. Pero el comandante de la nave y la compañía aérea con la que volábamos no nos cualquier cosa. Pensaban como yo. Es mejor esperar a que amaine. Así que la voz del comandante dijo que la tormenta, que no era otra cosa que una tormenta, venía con mucha carga eléctrica, y que por motivos de seguridad que se aplazaba la salida hasta que hubiera unas condiciones razonables. Condiciones que según el Centro Meteorológico del aeropuerto estimaba que se darían en unos veinte minutos.

Pues a las dos en punto de la madrugada empezó a moverse el avión. Tuve miedo porque sé que el mayor peligro en esto de volar está, precisamente, en el despegue y en el aterrizaje, que en el despegue estamos en manos de la máquina: que ante cualquier contratiempo, una vez superado el punto de no retorno, el piloto poco o nada puede hacer. Y que en el aterrizaje cuenta más la experiencia del piloto, que se puede aterrizar sin un motor, por ejemplo.

El vuelo fue bien, tranquilo, sin turbulencias; pero se nos hizo eterno. Doce horas metidos en un avión son muchas horas. Y lo más curioso es que no amanecía nunca. Volábamos hacia el oeste, intentábamos alcanzar al sol. Pero no, no podíamos. Él. Bueno la rotación de la tierra es más rápida. Lo único que estábamos haciendo era retrasar el amanecer siete horas. O sea, que este día primero, miércoles diez de septiembre, ha durado treinta y una largas horas. Y las hemos aprovechado, no creáis. De esas muchas horas, once y media han sido para el viaje, sí: una para ir de casa al aeropuerto – digo una pero fueron más porque sólo cuento con las de este día once – y dos más para llegar del aeropuerto del México D.F. al hotel en el que ahora escribo este texto, en este cuaderno; ahora que son la nueve de la noche.

En el avión no puede escribir lo que deseaba porque tras la cena apagaron las luces y pusieron las películas. Así que, ni leer, ni escribir. Parece ser que en estos vuelos largos, entre continentes, lo importante es dormir, dormir lo más posible. Así que lo escribo ahora, mientras Teresa duerme. Quise escribir: “Cruzo el Atlántico. Es de noche. La luna riela en el ala...”. Bueno pues que me he quedado tranquilo. Ya lo he escrito. ¡Ah! Escribo a mano porque aquí, en este hotel, no hay ni un enchufe al estilo europeo. No puedo conectar nada a corriente eléctrica. Menos mal que cargué todas las baterías al salir, que si no. Eso, y escribo a mano porque tengo miedo a no encontrar adaptadores – trabajo para mañana, desde luego – y si no, pues cuando se acaben las

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

baterías pues se acabó la historia de las fotos y del ordenador. Cosas de novatos, que es lo que soy en este continente americano.

Pero lo importante es esto, que me he decidido y he dado el salto. Porque, queridos amigos, este viaje es el viaje de mi vida, el que siempre había soñado.

Bien, pues cuando llegamos al hotel, justo cuando estábamos recibiendo las llaves de la habitación, la recepcionista dice que hay una llamada para mí. Figúrate, una llamada para mí en México, en mi primera salida al mundo.

- ¿Diga?

- ¿El Conductor, por favor, El Conductor del autobús 5038?

- Sí, soy yo.

- Mire, le llamo de la agencia de viajes. Ustedes tenían previsto visitar la zona arqueológica de Teotihuacán el próximo viernes día doce.

- Sí, así es.

- ¿Y no les importaría hacerlo hoy? Es que hoy tenemos un grupo, y el viernes estarían sólo los tres.

“Un momento, por favor”, digo. Consulto con Teresa y con su hermana, que ha venido con nosotros en este viaje. Y ambas me dicen que sí, que no están cansadas de una noche tan larga e incómoda y que ellas han venido a disfrutar.

“Vale, de acuerdo”, digo.

- A las nueve, entonces, paso a recogerlos – dice la voz.

Eran las ocho de la mañana. El viaje comenzaba muy movidito. La tormenta en Barajas, el de la agencia que no estaba para recibirnos en el aeropuerto, que esto no lo he contado y que nos puso a todos muy nerviosos; y ahora esto, una excursión de toda la mañana y media tarde, tras una nohcecita así.

Antes de seguir he de aclarar que el viaje de la juez y su marido, el policía del Batán, Carlos Marzal, Igaú, el hombre de hielo, e Israel Ordóñez, se ha suspendido hasta nueva orden. El Alcalde de Madrid y la Presidenta de la Comunidad han decidido anular el viaje porque: ¿qué sentido tiene realizar un gasto público, si el problema está ya resuelto? ¿No se han ido los hombres de verde para siempre? Pues eso. Caso resuelto. Y lo de la chica del hospital, lo de Jacinta Ramos, pues que era una pena que hubiera entrado en coma, pero que hay ciertas profesiones en las que los riesgos se han de asumir desde el principio, y si no, que no se hubiera metido a superhéroe.

Así que ante tal abuso, Teresa ha entrado en cólera, y ha dicho.

- Pues nosotros nos vamos, y que salga el sol por donde salga.

Así que aquí me tienes, con el autobús aparcado, de vacaciones, visitando la Plaza de las Tres Culturas, el taller de unos orfebres, próximo a la zona arqueológica, y comprando, claro, comprando como buen turista, baratijas a precio de joyas.

Pero antes de contaros mis impresiones sobre Teotihuacán he de hablaros de la primera impresión que me ha causado México D.F.

Es una ciudad sucia, caótica en la circulación, con unos habitantes de pocos recursos: pantalones tejanos muy usados,

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

sandalias... no sé. Esta tarde nos hemos encontrado a un señor en la calle descalzo, con los dedos de los pies inflamados, todo vestido de blanco, con sombrero de charro. También a un tipo que tocaba un organillo y que extendía la mano pidiendo una limosna; y a su lado una mujer de apariencia india, en el suelo, sentada en el suelo, moviendo la cabeza a derecha, atrás, a la izquierda, como una persona ida, mendigando. Estos personajes sólo en el espacio de tiempo en que íbamos del hotel a una farmacia, a comprar una venda para el pie de mi cuñada Margarita, que ha venido con nosotros, y que ha dado un mal paso, se lo ha torcido, y es posible que se lo tengamos que vendar. Otra cosa negativa.

Lo que más me ha impresionado es el relato que nos ha hecho el guía camino de Teotihuacán en relación con los montes que hay en las afueras de México D.F. Están llenos de chavolas. Según sus propias palabras, chavolas habitadas por gentes desarraigadas: campesinos venidos del campo en busca de una oportunidad para prosperar, gentes de distintos estados de Méjico buscándose el sustento. Gente sin papeles, sin futuro, sin nada. Pobres que apenas si tienen para comer. De ahí la peligrosidad que plantea esta ciudad, insegura donde las haya. Me he sentido mal en mis vacaciones, comparando mi situación de privilegio, frente a la situación desesperada de esta pobre gente.

En la zona arqueológica, mi gran ilusión se ha visto colmada: es bellísima, con esa serenidad de la piedra antigua por doquier, esa magnificencia basada en la fe, y en el poder.

Lo peor, ya nos lo advirtió el guía, los vendedores ambulantes, a cientos, ofreciéndote la mejor joya al menor precio. O incluso aquel que te pide que le compres algo para que sus hijos esta noche puedan cenar.

Teresa tenía los pies hinchados, y su hermana va a peor. Este viaje no ha comenzado nada bien. Hemos caído directamente en la indecencia, en la comprensión de que el ser humano es la peor de las bestias, el más egoísta de todos los animales. Hemos caído al lado de la pobreza; y yo, nosotros, también tenemos un poco de culpa de todo esto que pasa.

Son las veintiuna y cincuenta y ocho minutos. Las cinco de la madrugada del día de mañana ahí, en España. Ahora quiero cerrar el cuaderno y dormir. Yo también lo necesito.

11/09/08

El cambio de horario nos trae de cabeza. Esta mañana, a las cinco de la mañana hora mejicana, ya estábamos los dos despiertos. Claro, es que en casa, ahí en Madrid, era la hora del Ángelus, y el cuerpo recuerda, es cíclico, recuerda; recuerda y no perdona. Teresa está ahora mismo, cuando son las nueve de la noche – “acá en México” – que no se tiene de sueño, y es que claro, ahí, en Madrid, en casa, son las cuatro de la madrugada. Sencillamente, esto del horario del Nuevo Mundo es agotador, tanto que pierdes la noción del tiempo. Anoche mientras escribía en el cuaderno estaba tan confuso que no sabía con certeza absoluta qué día estaba viviendo, si el diez, o el once; y dudaba si era mañana o pasado mañana cuando tenemos que dar el nuevo salto aéreo al estado de Chiapas. Estamos cansados es el resumen; que hoy también ha sido un día de más de dos horas de caminar, de casi dos horas de microbús, de correr mucho mundo, de disfrutar, en definitiva, de cumplir la realización de los sueños que uno ha ido acumulando en el baúl de los deseos durante toda una vida.

Después del día de ayer, tan largo o más que ese día sin pan de Don Camilo, he podido sufrir bien a las claras las agujetas de la machada de subir a las dos pirámides. La agujetas han hecho presa de mí a partir de medio día y he pasado un rato bastante malo porque cualquier escalón, cualquier desnivel, era un suplicio. Del microbús no bajaba, del microbús saltaba, me tiraba. Mi cuñada Margarita, sin embargo ha ido bastante mejor. Con el baño de Voltarén de ayer noche, el de esta mañana antes de salir, y la venda que le he puesto en el tobillo, pues mejor, mucho mejor que yo.

Bien, tras los lamentos por los duelos y quebrantos de estas vacaciones impensadas, paso a relatar la crónica turística del día. A las ocho de la mañana hemos recogido a mi cuñada en la trescientos uno. Le he dado el baño de Voltarén y le he puesto la venda. Hemos bajado a recepción a confirmar que el desayuno estaba en la contrata del viaje y nos han dicho que sí. Hemos subido a la quinta planta, que es en donde está el restaurante. Toda la gente iba de traje, y las mujeres con la elegancia que da al dinero. “Éste no es mi mundo”, he pensado. Yo soy de los de pantalón baquero, que es lo que llevaba, de camisa desabrochada, y de cámara fotográfica al cinto, que es como iba. Había un cierto desorden, porque había camareros, pero el desayuno era de los de bufé libre; así que hemos tardado un rato en comprender lo que había que hacer. Estoy seguro que más de uno de los presentes habrá pensado que qué hacíamos nosotros en este hotel de lujo, que por qué no nos obligaba a ir vestidos para la ocasión. Y si no ha sido así es que los trajeados de este país son muy liberales. Después del baño de pobreza de ayer, me he sentido a gusto, qué quiere que le diga. Yo no soy rico, pero he comido en la mesa del que lo es. En el papel del turista español despistado, desde luego, pero ahí estaba.

Tras desayunar, hemos bajado de nuevo a recepción, a esperar al guía. Ha aparecido puntual y nos ha presentado a una pareja de recién

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

casados que iba a hacer con nosotros el recorrido: “conoce el centro de la ciudad de Méxisco D.F.”. Como el hotel está en el mismo centro de la ciudad nos ha llevado andando hasta El Zócalo, ese espacio abierto de cinco mil metros, la segunda plaza más grande del mundo. Hemos visto el Palacio Nacional, La Catedral Metropolitana. El guía ha aprovechado la ocasión para hacer un poco de historia desde Hernán Cortés hasta el estado actual de su país. Un repaso acertado en la selección de los puntos álgidos de la historia, moderado en las apreciaciones de carácter interpretativo, para no herir susceptibilidades, me imagino, y lleno de anécdotas divertidas, que es lo que se supone que el turista viene buscando. Ha insistido mucho en que ese Zócalo está construido sobre una laguna y sobre los vestigios enterrados de una civilización no olvidada pero sí enterrada; también ha hablado de lo inestable del terreno, de los terremotos que asolan la zona de vez en cuando. Ha hecho algunos chistes al respecto.

Tras este baño de historia, antes de entrar en la catedral, nos ha ofrecido una excursión alternativa, de pago, puesto que el recorrido contratado acababa a las doce de la mañana, que el grupo ha aceptado al unísono - “que pa una vez que venimos, pues, eso” - y que ha sido la gran sorpresa del día: una comida típica mejicana, a bordo de unas barcas, que a mí me ha recordado un poco los canales venecianos, salvando las distancias, desde luego, en el sur de la ciudad. Hablo de Xochimilco, un lugar idílico para descansar del ajetreo de la ciudad.

Me olvidaba. Entre las doce y las dos, que ha sido la hora del refrigerio, hemos hecho un recorrido por toda la ciudad, visitando las grandes arterias de comunicación de la misma, la zona residencial de la gente de dinero, la zona boscosa de Chapultepec, y la plaza de toros, con una estatua en recuerdo de Mario Moreno vestido de torero, al lado de otros toreros de verdad. La plaza de toros es de las cosas que no se olvidan.

¡Ah! Y esto ya lo escribo directamente en el procesador de textos, he comprado dos adaptadores. Uno carga la pila de la cámara topográfica y el otro mantiene la luz para este ordenador.

13/09/08

Ayer viernes fue la primera vez desde que estoy con este reto del autobús en el que no quise sentarme a escribir. Digo que no quise porque fue así. Y hoy no me siento culpable; aunque sí responsable de que la fidelidad a lo vivido, que es lo que mantiene el morbo de estos textos, o lo que debiera, que vete tú a saber si luego, eso de la realidad pura es tan atrayente como dicen. No me siento mal porque la idea primera de que estos textos fueran sólo de diario ya se ha quebrado, unas por defecto, otras por exceso. Así que continuemos.

Ayer tuvimos todo el día libre en estas vacaciones programadas allende los mares. Desayunamos en el hotel y salimos a pasear. Fuimos a una tienda de lencería porque Teresa quería comprarse un sujetador. Luego entramos en otra de ropa porque Teresa quería comprarse un pantalón tejano. Yo aproveché la ocasión y me compré una gorra, que el sol me está chamuscando: estoy colorado como un cangrejo. Luego volvimos a pasar por el Zócalo. Hice las fotos del Palacio Presidencial con la luz difusa que me ofrecían unas nubes grises que colgaban del cielo con desgana. Luego seguimos toda la calle Francisco L. Madero adelante, muy lentos, mirando escaparates. Yo me estaba empezando a poner nervioso porque la idea era subir a la terraza de unos grandes almacenes que hay justo enfrente del Museo del Palacio de Bellas Artes, para sacar algunas panorámicas de la ciudad desde lo alto, idea que había sugerido el guía el día anterior. Todo empezó cuando entramos en una tienda de Zara.

- Bueno, tú mira lo que quieras, que yo me voy a ver la Iglesia de la Profesa - dije.

- Pero si esa ya la vimos ayer.

- Me temo que no.

Yo entiendo que Teresa se quiera comprar ropa en Méjico, para después poder dar un poquito de envidia a sus colegas. Pero una cosa es comprarse algo y otra desperdiciar la mañana entera en ver trapitos, cuando había montones de cosas mejores que eso; que para una vez que venimos a "Las Américas", pues usted me entiende, aprovechar a ver todo lo más posible, por si la vida te da otro un palo más y luego ya no puedes.

Así que entramos. Era una iglesia muy bella, con un retablo extraordinario. Estaban en misa. Mientras yo hacía las fotos de rigor, Teresa y Margarita, asistieron a la celebración. Luego ocurrió lo extraordinario. En esa iglesia hay una talla que se llama "Imagen del Señor a la Columna", un diorama realmente espeluznante: un cristo retorcido de dolor, atado a una columna. Teresa en cuanto lo vio no pudo evitar que las lágrimas se le saltaran. Se le acercó una señora y le contó que era bueno encenderle una vela, hacerle una petición, con un sencillo ritual, que era muy milagroso. Y allí estaban las dos mujeres, una mexicana y una española, a lágrima tendida frente a una estatua pavorosa.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

- ¿Lo que debió de sufrir antes de morir? - llegué a oír que decía Teresa.

Al salir, en el mismo umbral de la verja de la iglesia había una señora vestida todo de negro, sentada en el suelo, con todos los rasgos de la gente de este lado del atlántico, inmóvil, con un vaso de plástico para las limosnas. Era tan menuda que apenas si alzaba los cuarenta centímetros del suelo. Estaba de perfil, absorta en su labor interna de pensar, o de vaciarse. No puede evitar el hacerle dos fotos, acercándome lo más posible a ese rostro surcado de arrugas, a ese ser minúsculo que espera. “Yo no estaré siempre con vosotros; pero ellos sí”, recuerdo que dijo un día el maestro. ¡Qué gran verdad! Allí estaba uno de ellos, o al menos eso sentí, aquí dentro, en lo más sensible de mi corazón. Ya éramos dos con el corazón herido.

Seguimos hasta esos grandes almacenes en los que quería hacer las fotos desde la terraza. Intenté de nuevo que las dos hermanas de compraran algo. Pero no fue posible. Por fin subimos. Pedimos dos “frapés” de zarzamora, para mí y para Margarita, y uno de fresa para Teresa. Hice las fotos y hablamos de lo que queríamos hacer. Yo les propuse que fuéramos a comer y que luego nos acercáramos al Museo del Templo Mayor, que estaba a dos cuadras, como dicen aquí.

Así lo hicimos, y tras un descanso de media hora para que bajara la comida, nos acercamos al museo. Está pensado para que se vea la magnificencia del mundo azteca, el saber de sus arquitectos, las creencias religiosas que cimentaban toda aquella civilización anterior a la irrupción de lo hispano; y lo que consigue, al menos en mí, es precisamente lo contrario, que se vea el latir del corazón del pueblo español. Se ve a las claras el ingenio militar de Cortés, que se vale de las desavenencias entre los unos y los otros para dominar militarmente, eso sí, ayudado y muy mucho por la labor evangelizadora que desarrolla la iglesia simultáneamente.

Teresa salió un poco enfadada porque uno de los guardias de seguridad hizo un comentario un tanto despectivo relacionado con la supuesta barbarie de los hispanos y de sus costumbres poco saludables; pues, aseguró, fueron ellos los que trajeron la viruela. Pero bueno, eso son cosas que pasan, que fanáticos hay en cualquier casa que se precie.

Al salir la plaza hervía de gente. Había un grupo de actores vestido con los adornos aztecas realizando un baile ceremonial, tambor primario, pasos de danza primarios, delante de la puerta de la sacristía de la catedral. Había un matrimonio que llevaba a sus dos hijos subidos en un carrito de madera, todo de madera, pintado de amarillo y rojo. Arrastraban el carrito tirando de una cuerda atada a él. Había un jefe indio semidesnudo, tengo foto de él, al lado de unas mujeres vestidas con trajes típicos de estos parajes: gordas, vieja, arrugadas, vendiendo perfumes vegetales. Había gente sentada en el borde de las aceras comiendo los famosos tacos mexicanos: hoja de maíz rellena de carne de cerdo, de queso fresco, de mojo verde, que dicen en las islas canarias.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

Y en las calles de la trasera del Palacio Presidencias, mientras perseguíamos la sombra de las iglesias de los siglos dieciséis y diecisiete, el verdadero Méjico. Un chico con una bicicleta que lleva anexo un sillón con dos ruedas, con capota, y que ocupa un gordo de más de ochenta kilos, con unos paquetes tan pesados como él, sudando, ganándose el pan con el sudor de la frente. Mucha suciedad en el suelo. Algún Cristo en la calle un tanto sospechoso, con un corazón curanderil que echaba para atrás. Una calavera vestida de novia. Militares sin cinturón y sin gorra, en la calle, comiéndose con los ojos el trasero de las señoritas. Y en el Zócalo, al atardecer, la gente joven, tatuada, con aros en las narices, cortes de pelo inimaginables, tirada en el suelo, bebiendo, besándose: también uno con el abrigo de El Elegido en Matriz. Y al lado los padres jóvenes con sus hijos, haciendo pompas de jabón.

Y la luz rosa de la tarde sobre el tejado del Palacio Nacional, apagándose, apagando el palo de la bandera, entonces desnudo, sin bandera, sin corazón latiendo. Sólo eso, suciedad, pobreza, abandono; y como telón de fondo la catedral, y la fe, la buena fe de mucha gente, de demasiada gente, muriendo con la tarde, entrando en una noche de olvido que nadie sabe si tendrá nuevo día.

14/09/08

Ayer sábado dimos un salto aéreo más, un poco de miedo más en el cuerpo. A las diez y media de la mañana despegaba desde México D.F. la aeronave que nos traía a Tuxtla Gutiérrez, capital del Estado de Chiapas; sí, Chiapas, la zona de operaciones del Comandante Marcos, tan peligrosa en otro tiempo tan cercano, apenas nada, apenas diez años. Llegamos en una hora poco más o menos. Tras los papeleos correspondientes y la retirada de las maletas de la cinta transportadora, nos recogieron los de la agencia de viajes, nos subieron en un minibús y nos llevaron, junto con otros catorce o quince turistas más, a la visita en lancha al Cañón del Sumidero, el lugar emblemático de este estado.

Esta visita tiene como interés turístico los animales exóticos. Exóticos para los europeos, claro: monos, cocodrilos, pelícanos blancos, etc. Y sobre todo la altura de los cortados de la montaña, vestida de verde y de piedra marmórea, que se eleva a más de mil metros de altura en su punto más elevado. Según el conductor de la barca fueraborda que nos transportaba, el río es ahora navegable, en algunos puntos llega a tener una anchura de cuatrocientos metros, gracias a una presa que ha realizado la autoridad competente. Punto y final que no llegamos a ver. El conductor nos contó una historia de intereses económicos, pero yo tiendo a creer que la única razón es que más allá de donde nos cerraron la excursión no hay nada. Y una ducha refrescante, un baño ligero bcon el agua de una cascada que baja hasta el río desde una altura de más de doscientos metros, metidos en una lancha, con los salvavidas puestos encima de la ropa, con el calor de un lugar protegido del viento, con una temperatura media de treinta grados y una humedad de cerca del ochenta por ciento, eso es una emoción lo suficientemente fuerte como para cerrar el circuito de aguas verdes y grandes acantilados.

La vuelta se hizo más pesada. Ya lo teníamos visto. Y treinta kilómetros en una situación así, ciertamente sofocante, pues no resulta muy placentero. El conductor salvó la situación acercando el barco a la orilla, tres o cuatro veces, para que viéramos tomar el sol a los cocodrilos. Los pudimos fotografiar desde una distancia de apenas diez metros. Y jugando con las sacudidas de la barca sobre el agua, acompañada todas las veces, del griterío de las señoras.

Tras la comida, continuamos camino hacia San Cristóbal de las casas, población en la que nos alojaríamos. Durante el viaje, el guía nos fue contado cosas del estado que visitábamos: estadística poblacional, división de esa población por trabajo que realizan, economía. Y también un poquito de historia relacionada con las comunidades indígenas, objetivo de hoy, domingo catorce.

El hotel Diego de Mazariegos, en el que nos alojamos, no tiene nada que ver con el de México D.F., que pretendía estar a la altura de los NH europeos, y que no: que para entrar en la bañera había que hacer un curso de alpinismo, que el tapón de la misma no cerraba bien, con lo cual, bañera, nada, sólo ducha, que faltaba un poco de algo para

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

ducharse, no sé, jabón, por ejemplo. En éste, la tosquedad de un caserón del siglo XVII acondicionado es el encanto, el punto fuerte de esta residencia de cuatro estrellas. Las puertas del armario son macizas, con un labrado para deleitarse. Hay también, junto a la ventana, una mesa redonda, muy bajita, a la que se arriman dos sillas de época. El lavaba manos es todo de azulejo en tonos rosados y blancos con unas manillas de los años treinta, lo mismo que las paredes de la ducha, esta sí, sólo ducha. Dos camas con un único cabecero también en madera tallada. Y esta mesa en la que escribo, media circunferencia sujeta a la pared, con un diámetro de poco más de ochenta centímetros.

Ayer, aunque veníamos cansados, salimos a dar un paseo por el lugar. Estamos en el mismo centro, a las traseras de la catedral, la plaza principal y el “Hayuntamiento”, así, tal cual está escrito. El guía nos contó que no era error ortográfico, que lo que querían decir es que allí se ubicaba el Honorable Ayuntamiento. Y que como allí honorabilidad había poca, pues que lo de honorable se había reducido a esa “h”, que siendo muda, lo dejaba todo muy claro. Paseamos por la explanada llena de casetas en las que se ofrecían comidas típicas del país. Había, como atracción turística, una carpa con ocho futbolines; sí, futbolines de esos que en España han desaparecido casi de la faz de la tierra. Pero allí estaba, como una atracción ferial. Estaban vacíos, desde luego.

Entramos también en una tienda y compramos agua, leche y alguna dulcería, para picar un poco antes de irnos a la cama. Para cerrar el día nos sentamos en la “terrazza-bar-con-orquesta-incluida” que hay en la plaza del pueblo, por aquello de hacer un poco de tiempo, pues apenas si eran las nueve de la noche. Pero hacía frío. Enseguida nos vinimos al hotel, a dormir, a reponer fuerzas para la experiencia de hoy, domingo, con las comunidades indígenas.

Lo de hoy ha sido para contarlo; pero eso es otra historia porque mañana hay que madrugar y ya es un poco tarde.

16/09/08

El cansancio va poco a poco tomándonos. Ayer estaba demasiado cansado para sentarme a escribir, con sueño. Tuvimos una cena que empezó muy tarde, y eso; otra página en blanco.

Anteayer, por la mañana, visitamos San Juan de Chamula, el último reducto de una gente que no quiere perder sus tradiciones, que se niega a salir de una situación que yo no dudo en calificar de lamentable, arcaica, desesperada, de pobreza absoluta. Es, a decir del guía, una un estado dentro del Estado de Chiapas, una comunidad indígena proveniente de aquellos aztecas antiguos, algo que de no ser por el apoyo del estado y por el turismo, no existiría ya. Es el único sitio del viaje del que tengo tan sólo unas veinte fotos, relativas al cementerio, que hay a la entrada del pueblo. Son las fotos que tomé antes de que el guía nos aconsejara prudencia. Prudencia porque esta comunidad es muy celosa de sus costumbres. Tanto es así que tienen sus propias autoridades, su propia policial local, su justicia, sus normas, todo aparte del Estado del que reciben subvenciones y en el que viven; creo que sin saberlo, o sin quererlo saber. No hice fotos porque nos advirtió que a las autoridades no se les podía hacer fotos. Era domingo y estarían presidiendo el mercado, que se desarrolla en la plaza, frente a la iglesia. Y porque si a cualquiera de los policías se le ocurría que había fotografiado algo indebido, pues que podían incluso quitarte la cámara fotográfica, sin que las autoridades del Estado de Chiapas, e incluso de Méjico, pudieran hacer nada. En su territorio, ellos eran los dueños. No hice fotos porque todo aquello, a mi, me sonaba un poco a fanatismo; y desde luego, no estaba por jugarme la cámara de fotos, que, para que ustedes lo sepan, aún estoy pagando a plazos. Y más, si los policías locales, como uniforme, llevan una piel de borrego blanca, un sombrero de paja, y un arco de madera con seis o siete flechas. Y más, si las autoridades, están ataviadas con esos trajes regionales en rojo y blanco de los indios de la selva, con esos sombreros puntiagudos, así tan serios, bajo un soportal de paja, sentados en el muro pintado de blanco que rodea el mercado.

San Juan de Chamela es un pueblo de casas de piso bajo, con calles sin asfaltar, con perros vagabundos merodeando que se disputan toda comida o resto de comida que llega al suelo. Las gentes de este pueblo tienen los rasgos de los indios con plumas que hemos visto en las películas del oeste creadas por las compañías cinematográficas americanas, pero vestidos de pantalón tejero y camisa a rayas. Al lado de una tienda que vende artesanía – peonzas que ni yo recuerdo de cuando de niño, peonzas de madera que se ponen en marcha con un mecanismo de fricción: de las primeras peonzas, todas de madera -. Digo que al lado de esta tienda hay un anuncio de la “Cocacola”. Disculpen, pero tal es la penetración de la compañía en este pueblo abandonado de la mano de los dioses. Digo de los dioses porque cuando uno sale de visitar la iglesia, ya no sabe muy bien si hay uno sólo o si

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

uno ha entrado en un pueblo que sufre una plaga terrible: la plaga de la locura.

Chamula significa, siempre en palabras del guía, “mató a la mula”. Cha, en el dialecto que hablan estos pobres descendientes de aquel gran pueblo azteca, significa matar; y la palabra mula, es en español. Dicen que el episodio es real, que en una de las guerras en las que se vieron envueltos los antepasados de los habitantes de este pueblo con los españoles, pues eso, que uno de ellos mató una mula del ejército español. Y el pueblo, que se llamaba San Juan Bautista, pasó a llamarse San Juan Chamula.

Digo que San Juan de Chamula tiene dos calles paralelas que llevan a la plaza, y que en la plaza está la iglesia. Y que en la iglesia no se pueden hacer fotos. Y una vez visitada, uno entiende por qué.

Imagínense una iglesia sin bancos, todo el suelo lleno de romero, multitud de velas delgadas como un meñique, en el suelo, haciendo líneas de oración de un metro de largo, con una profundidad de tres filas de velas que no ocupan más de quince centímetros. Los aldeanos de rodillas, en el suelo de tierra, frente a estas barreras de velas, rezan; rezan en su dialecto, que no se cual es ni me importa. Para el caso entonan una letanía en una lengua extraña. Hay como quince o dieciséis filas de velas.

Del techo de la iglesia, que es de madera oscura, en seis ocasiones desde la entrada hasta lo que se supone es un altar, cuelgan unas cortinas de seda de distintos colores, sujetas a las paredes laterales. Pero lo que impresiona más todavía, es que todas las paredes están revestidas con estatuas de santos de nombre sobradamente conocidos ( Santiago, San Antonio, María Magdalena, etc ), todos ellos metidos en unas nichos de madera oscura y cristales sucios, tallas realizadas por manos sin destreza, pintadas de cualquier manera menos artísticamente hablando, tallas que inspiran más la risa que el acercamiento contrito y esperanzado. Delante de esta hilera de armatostes hay un espacio para las ofrendas de velones. Y frente a ellos, de rodillas, rezando con una devoción que más parece trance supersticioso que otra cosa, más gente. El aire está enrarecido, cargado de incienso.

Al fondo, en donde debiera estar el sagrario, la mesa de celebración de las misas, hay un retablo oculto por un sin fin de cántaros repletos de flores, de estas flores exóticas que envenenan el aire con su olor fuerte. Allí está el oficiante. Creo que era una mujer. Iba vestida hasta los pies, oculto el rostro, y portaba en la mano un gran mortero de madera repleto de incienso encendido que movía de aquí para allá como una posesa.

El aire se espesa. El aire se espesa y uno piensa que el rito de santificar el altar que realiza el sacerdote católico antes de una misa solemne se ha entendido como que es el incienso el que realmente purifica, y no el contenido teológico del mismo. Es como si el aire fuera impuro y hubiera que purificarlo. De ahí que la figura femenina dance, dance, inunde el aire con el humo y te sature los pulmones, y te lleve

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

de nuevo a la calle. De nuevo bajo el sol que todo lo ilumina, pero con un dolor opresivo en el fondo del ser. Algo se ha roto dentro. Algo que te lleva a la frase que tú has leído en algún lado y en la que crees: “el hombre es un animal religioso”. Y no importa qué religión. No importa, por eso, porque el hombre es el único animal que se sabe vivo, que sabe que morirá; y que se resiste a volver a la nada de la que ha salido. “De alguna manera habrá que cerrar esa herida”, pienso.

San Juan de Chamula, sí. El mercado. En el mercado te puedes comprar un zumo de frutas que te ha hecho una mujer azteca, que ha llevado al mercado en un cubo de plástico cubierto con una bolsa de plástico desde no sabes dónde. Un zumo que vaya usted a saber, con mosca incluida. En el mercado te puedes comprar unos plátanos podridos. También, todo hay que decirlo, unos jitomates de buen aspecto, con su tierra adosada. O, simplemente, sufrir el que te sigan más de una hora, intentando venderte un rosario que no quieres, insistiendo, insistiendo, hasta la desesperación, hasta que ya no puedes más, abres la cartera y dices: “toma, y déjame ya, hombre”.

Esto fue para mí, San Juan de Chamula. Allí pude ver a una catalana repartir caramelos entre los niños, lo mismo que una mujer, en mi barrio, en Madrid, pan entre las palomas. Era una catalana rodeada de niños, de niños que gritaban: “A mí, a mí. Para mi hermano, para mi hermana”. Una mujer zarandeada por una multitud de niños que pedían, una multitud de niños educados en el acoso al hombre rico, al turista. No sé si, como dijo el guía, esta pobre gente es feliz con tener su tierra hacendada, su casa en orden. Lo que sí sé es que los recursos están mal distribuidos en todo el mundo. Y en ciertos lugares esto se nota mucho, demasiado quizás.

Bien, de San Juan de Chamula nos fuimos a Zinacantán, la tierra de los hombres cultivadores de flores. Pero eso, amigos, es otra historia, que son las doce y mañana esperan más kilómetros, más carretera, más vacaciones.

Voy con retraso, sí, qué le vamos a hacer.

17/09/08

A Zinacantán llegamos poco más allá de las doce y media, con un cielo que comenzaba a cubrirse de nubes. Entramos en la iglesia; con la cámara de fotos apagada, claro. “Si no quieren publicidad gratuita, pues no se la vamos a dar”, pensé. Había también un ambiente raro. Colgaban cortinas de seda, del techo; sujetas en las paredes laterales, a modo de pórtico. Pero esta vez, las cortinas, eran la bandera del Méjico. Había unos bancos, como en cualquier iglesia. Estaban repletos de niños, no sé si niñas, que para entonces la curiosidad se me había agotado, todos vestidos del mismo color, en tonos azules y violetas. La penumbra y aquellos colores oscuros eran todo oscuridad. Había una persona mayor, que podría pasar por el catequista, enseñándoles un canto. Un canto que yo no supe si era religioso o laico, porque al día siguiente era en este país festivo, el día de la Patria Mejicana, y todos los pueblos estaban en los preparativos.

Siguiendo al guía entramos en una sala lateral. Mientras todos se arremolinaban en torno a la voz de nuestro licenciado en arqueología, yo me dediqué a recorrer con los ojos la iconografía religiosa que había en la estancia. Había un cristo crucificado chorreante de sangre, con una expresión resignada, ataviado con ropas en los mismos colores oscuros con los que estaban vestidos los niños del coro, coro que me sonaba lejano, como en sordina. A mi modesto parecer todo estaba en orden con los cánones católicos, todo estaba correcto, pero había algo que se me escapaba, algo que se alejaba de lo que yo siempre he visto. Y no sabía qué era. Luego fijé mi vista en el cristo del altar mayor. Y tuve la misma sensación: “Los trabajos escultóricos que son muy malos”, pensé. Pero luego, como una iluminación, me di cuenta. Lo que me chocaba, lo que alejaba de la naturalidad de los cristos crucificados era la nariz. Aquellas tallas, todas las tallas, tenían la misma nariz prominente, roma en los inicios. Aquella nariz no era europea, aquella nariz era, si no azteca, sí de este continente: “¡Claro!, pensé, el artista, queriendo acercar el rostro de Cristo al sentir de esta gente, le había puesto esta nariz amiga, próxima”. Me quedé un rato en suspenso. Luego pensé que eso era una nueva traición a toda la tradición católica europea. No sé, me quedé de nuevo, helado.

Al salir de la iglesia nos llevaron a una casa en la que se hacían todo tipo de mantas, de alfombras, etc. Para enseñarnos el modo en el que trabajan esta gente todas esos objetos de artesanía que llevábamos viendo toda la mañana, todos esos objetos de comercio con los que nos habían estado atosigando en la primera parte del día. Pero también había otra razón. En el grupo de turistas había un matrimonio que viajaba porque cumplía treinta y seis años de convivencia, y otro que se había casado el pasado seis de septiembre, - nuestros nuevos amigos: Melibea y Calixto - que estaba de luna de miel. El guía había preparado una breve ceremonia en la que las dos parejas se casarían a la manera tradicional de las gentes de este poblado. Los vistieron para la ocasión. Las dos parejas, al verse el centro de todo, estaban muy emocionadas.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

Nos explicaron el significado de cada una de las prendas con las que les habían vestido; y luego nos ofrecieron la bebida del país, hablo de tequila, en dos modalidades distintas, una fuerte, y otra más floja, para los abstemios. Se hizo el brindis. La verdad, aquello no había quien se lo bebiera. Ardía el gaznate. Y era el de los abstemios.

Mientras en la cocina nos preparaban un aperitivo con la comida típica de esta pobre gente, yo me dediqué a hacer fotografías. El gallo en el corral. La disputa del grano de maíz entre el cuervo salvaje y la gallina casera. La hoja de lata como teja para los tejados. Las paredes que separan los distintos apartados del corral, con tablas, como había visto en Asturias, en la niñez, hacer a mi padre. Y el cielo, el cielo que se va vistiendo de unos nubarrones negros como el carbón. En la cocina, un cuartucho con una sola ventana, sin luz eléctrica, sobre un fuego que había en el centro mismo de la estancia, sobre el que habían puesto la tapa de una cacerola, una muchacha tostaba unas bolas de maíz molido y mezclado con agua; y que iba luego estirando en forma circular. Sobre estas tortas finas de maíz se echaban trocitos de carne, y una especie de ensalada con elementos propios de esta tierra: aguacate y chile. El guía me invitó dos veces. A la segunda le dije que yo ya había probado esa misma comida en México D.F. y que prefería dejarlo para los que no lo había probado nunca.

Y empezó a llover. Cayeron gotas gruesas que yo tomé por granizo. Salí incluso de la tienda, para escapar del agobio de las mercancías allí, a la vista, a la mano, y mis ganas nulas de compra. Eran gotas como escupitajos, grandes como mariposas. Enseguida se me puso la camisa azul más oscura. Volví a entrar. El agua aporreaba la hoja de lata del tejado con fuerza. Hice una foto de la oscuridad de la nube y el agua rebotando sobre el suelo. Hice algunas fotos más metiéndome en la casa, como un ladrón, buscando un ángulo para ver las montañas, los árboles, el aire, la luz, bajo aquella tromba de agua, mientras los otros hombres tomaban tequila, más tequila y cantaban; mientras las mujeres, miraban telas, desganadas, intentado evitar lo inevitable. Pero yo nunca había visto llover de esa manera. Y es que amigos, aquello era una tormenta tropical. La luz bajo hasta el oscurecer. Llovía, amigos, llovía como si nunca hubiera ocurrido en esta tierra, con fuerza, con furia, sobre aquellas cuatro tablas que eran aquella tienda, desde un cielo negro. Eran apenas las una y media de la tarde.

A las dos y veinte subimos al autobús y dejamos atrás, para siempre y sin remordimientos Zinacantán, el pueblo de los hombres que cultivadores de flores. Nos fuimos sin ver ningún invernadero, sin hablar con los nativos y preguntarles, no sé, como se consigue una orquídea fosforescente, si esto fuera posible, claro.

Entramos de vuelta en San Cristóbal de las Casas, con cielo despejado y no habíamos hecho más allá de quince kilómetros, sobre las tres de la tarde. El guía ofreció una comida típica mejicana a la que se apuntaron el borracho y tres más. Teresa, mi cuñada y yo, comimos

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

en el hotel un menú mejicano: ¡cómo no! Luego nos retiramos a dormir un ratito la siesta, que tras tantas emociones estábamos cansados.

Nos levantamos con la digestión a medio concluir, con ganas de vomitar, y una pesadez en el estómago de órdago. Aún así, o precisamente por eso, para ver si el cuerpo reaccionaba de alguna manera, salimos a pasear. El sol lucía en lo alto. Eran apenas las cinco de la tarde. Hice las fotos de la catedral y de algunas calles, a medida que el cielo se iba cubriendo, se iba tintando de negro, como en Zinacantán. A las seis y cuarto empezó a llover, torrencialmente, como por la mañana. Teresa tenía el estómago como un tambor, dilatado, con la comida como una bola que gira y gira y duele. Entramos en una farmacia que hay junto a los soportales, en la plaza principal del pueblo, detrás de la catedral y pedimos bicarbonato, a ver si con el eructo se iba el dolor. Pero no sabían que era eso bicarbonato. Nos ofrecieron un laxante. Entonces vimos una bebida carbonada en una de los muebles de frío que tenían junto a la puerta.

- Déme uno de estos - dije -, si lo tiene del tiempo mejor.

Teresa se puso mejor, mucho mejor; tanto que fuimos a misa y escuchamos a obispo, en la consagración, aquello de: "que Dios está con ustedes", que a mí me volvió a sonar extraño.

Teresa estuvo mejor, pero no del todo. No estuvo bien hasta el día siguiente, cuando se vomitó en cima toda la comida de la semana, en el autobús, una vomitona marrón oscura que olía a demonios. Pero esa es otra historia.

Voy con retraso, sí, qué le vamos a hacer. Pero ya es tarde, y mañana... Mañana toca Chichen Itzá.

18/09/08

Hoy hemos llegado a la Riviera Maya. Nos han hospedado en el Catalonia Yucatán Beach, un complejo hotelero de primera, en régimen de todo incluido. Mientras paseábamos al lado de las piscinas y olíamos la brisa del mar, he recordado las horas de autobús del día sexto de este viaje al otro lado del Pacífico, de este viaje con el que he soñado toda mi vida: El Viaje.

La tierra de los guerrilleros zapatistas, recuerdo. La espesura de la selva, lo escarpado y la juventud de las montañas, la carretera estrecha, tan angosta como aquella otra de cuando joven, de cuando iba a Vestusta, a la universidad y el mundo estaba por iniciarse. La lentitud del autobús para hacer no más de trescientos kilómetros. Las chabolas de paredes de madera, o de tierra, o de adobe, con techos de hoja de lata, o de ramas de palmeras. Casas con porches en los que los pobres exponen a la venta tejidos hechos a mano, de colores llamativos, que nosotros dejamos atrás, allí, para siempre, en medio del campo, en aquella montaña quebrada, al lado de nuestra ruta que sigue hacia el futuro, inexorablemente.

El mareo de Teresa, así, de pronto, sin avisar. A veces pienso que se me va a morir de pronto, en cualquier rincón, en la penumbra, sin darme tiempo a sonreírle, a decirle lo mucho que la quiero. Nunca se queja de nada, de dolor alguno; siempre está ahí, en silencio, mirándome, amándome; y no sé por qué de este don. Pero en este sexto día la he visto vomitarse encima de su ropa, de su ropa roja, mancharse con esa sustancia marrón, ácida, de un olor fuerte, con un olor pútrido. He reaccionado enseguida, ayudándole a limpiar todo, atento a cuantas atenciones ha requerido de mí. He sentido miedo, un miedo exacto, un dolor punzante, en el corazón. Lo mismo que el día anterior, cuando dijo que tenía el estómago completamente tenso, a punto de estallar. Estar lejos de casa no es fácil, y más cuando estás enfermo. Le he preguntado si se encontraba bien, una vez que hemos logrado limpiar casi todo.

- Ahora, ahora sí. Ya estoy bien.

- Y si te encontrabas mal, ¿por qué no me lo has dicho?

- Porque iba mejor. El estómago iba mejor. Y es que estas comidas mejicanas, no sé, llevan demasiados condimentos, sustancias desconocidas a las que no me acostumbro.

Luego, nos cambiamos de asiento, para no estar sobre la vomitona, y cuando paramos a estirar las piernas, que fue enseguida, no más de quince minutos, le dije al conductor que abriera el maletero, le conté lo que había pasado, que queríamos abrir la maleta y que se cambiara de ropa. Así lo hicimos. Y reanudamos el viaje. Más montañas, más curvas, más movimiento del autobús, más selva, más calor y más humedad, y sudar. Y las Cascadas de Agua Azul que con las lluvias de la tarde del día anterior se habían convertido en Cascadas de Agua Marrón, en medio de la selva tropical del estado de Chiapas.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

Hicimos el recorrido, ascendimos, vimos todos los recodos de un espectáculo de agua digno de admiración. Teresa iba mejor, incluso tuvo gábilos para comprarse un bolso marrón, artesanía, todo hecho a mano. Este país todo está hecho a mano. Nos sentamos a comer en una terraza amplia, bajo un techo de paja y unos ventiladores de grandes aspas. Teresa tenía hambre. Tomó la sopa, y el filete de ternera a la plancha.

Luego seguimos hacia las cataratas de Misol-há, una caída de agua desde una altura de cuarenta metros, en un espacio de calor y humedad extrema. Ahí, a indicación del guía, cruzamos al otro lado del río por debajo de la catarata. Nos pusimos perdidos de agua, pantalones, zapatillas, todo. Perdimos tres mudas completas ese día: dos Teresa y una yo. Pero ella recuperó la sonrisa, y yo la tranquilidad.

Finalmente llegamos a Palenque, tras habernos llovido mucho por el camino. Nos pegamos una ducha, vimos los cocodrilos que tenía el hotel en un roquedal con un río ficticio. Cenamos, hicimos una cena de hermandad con todos los compañeros de viaje, una cena que se alargó demasiado y que me dejó tan cansado, que no pude escribir. Nos metimos en la cama, que al día siguiente teníamos, de nuevo un encuentro con las pirámides, con otras pirámides.

Pero eso es otra historia.

19/09/08

Del séptimo día recuerdo la Zona arqueológica de Palenque. De nuevo el calor y la humedad alta, muy alta, más allá de lo comprensible. La camisa empapada de sudor al final de la visita. Muchos escalones de talla alta. La compra de una camiseta roja con el nombre de todos los dioses que los sacerdotes de otro tiempo se inventaron para dominar a los demás. Aquellos sacrificios humanos al Dios Sol, retumbando en mi conciencia, como si fueran víctimas mías. Y la cámara fotográfica a mano, intentando fijar, en una décima de segundo irreplicable, mi paso por ese otro universo vencido, por el de aquellos hombres que levantaron templos blancos en medio de la selva verde. El mundo de los muertos, el mundo de los vivos, el espacio de los dioses; tres estados de la imaginación del hombre. Los conocimientos de astronomía trasladados a la arquitectura, los ángulos de los edificios, ahora en ruinas, mostrando el saber de los hombres, la serpiente emplumada: símbolos, símbolos de la mente; y detrás del saber como dominio, aquellos otros hombres sombra, aquellos que como yo ahora se dejaban la piel, y la sangre, y el corazón, en aras de aquel imperio del miedo ido que ahora yo contemplo, y que hoy, en el décimo día de viaje, yo ya recuerdo como un retablo envuelto en bruma. Tal el poder inexorable de la frontera del tiempo. O el poder incontestable del Dios Sol, que teje y desteje los hilos de una tela de luz en la que los hombres soñamos que somos dioses, que somos inmortales; sabiendo a ciencia cierta que no hay tal, que sólo hay un tiempo de lucidez agónica en medio de una inmensidad de desconsuelo.

Esto es poesía, o casi, o filosofía barata, vaya usted a saber. Pero es lo que llega a mi corazón en esta mañana de septiembre, en esta Riviera Maya, mientras amanece.

La tarde del séptimo día, tras unos cuantos kilómetros de carretera con una fuerte tormenta de agua, como es costumbre de todos los días, llegamos a Campeche. ¡Qué belleza de pueblo el caso antiguo! Y más en las condiciones en las que lo visitamos.

Era el atardecer con cielo encapotado de nubes negras, con la amenaza de lluvia sobre nuestras cabezas y esa luz difusa perfecta que lo envolvía todo. Campeche, la zona antigua, es un pueblo tras una muralla. Un pueblo de calles rectas y ángulos perfectos. Un espectáculo de color las fachadas de sus casas, todo recién pintado, todo en colores fuertes, rojo, verde, azulón, blanco. La iglesia en amarillo y marrón, la catedral, antigua, con esa piedra que siempre se está desmoronando, el parque frente a lo que era el antiguo gobierno del pueblo, que ahora es biblioteca, con sus farolas negras y sus círculos de luz blanca, ya encendidas, como contrapunto de ese cielo negro que amenaza con empaparnos a todos. ¡Qué pueblo, Campeche! Es incomprendible allí afirmar que la belleza no existe, que está sólo en el corazón del hombre, que es sólo patrimonio del alma. ¡Qué pueblo Campeche! Con su punto de arranque hacia la serenidad.

Luego la cena, dormir, el octavo día.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

Del octavo día, leo en el programa de viaje, que visitamos Uxmal, pero yo ya no recuerdo nada. Las sensaciones del viaje se han quedado pegadas en la misma piedra. Veo las fotos y digo: ¡Ah, sí, las iguanas! Y me recuerdo con la cámara de fotos en la mano. Recuerdo el recorrido, la secuencia mental del recorrido. Pero es una película sin latido. Son ya piedra en medio del mundo. Ecos de lo que fue. Nada. De la carretera, de lo visto a través del cristal nada. Todo se desvanece, como si no hubiera existido nada. Las iguanas posando para los turistas, el juego de pelota, el espacio cerrado, verde sobre el suelo, templos de piedra, espectáculos de luz y sonido.

Del noveno día, o sea, ayer, la pirámide mejor conservada: Chichén Itzá; ese espacio patrimonio de la humanidad, la cabañas de los sin nombre, el espacio de las monjas, las columnas. De nuevo el juego de pelota, y esa muerte de, según el guía, el vencedor del torneo, que los dioses no quieren vencidos. El pozo sagrado de los brujos del agua. ¿Era esa la traducción del lugar arqueológico? No recuerdo ya. Pero es un buen inicio para un relato. ¿No les parece? El pozo sagrado, los brujos del agua. Mi pozo sagrado como brujo del agua. Del agua que es la vida.

Y por la tarde en Mérida, ciudad rectilínea, catedral, viaje en calesa por el casco antiguo, no fotos. Y una habitación pequeña y oscura para dormir.

He aquí este viaje, la bruma de este viaje. Los rostros de los que nos han acompañado todavía presentes; pero rostros sin nombre, rostros unidos a trozos de España, los catalanes, los valencianos, los vascos. Rostros que se quedan ahí, en la puerta de un hotel de cinco estrellas, yéndose por el camino de un futuro que está para todos, pero que es divergente, único e irrepetible para cada uno de nosotros. Este es mi viaje, seguro que no el tuyo, lector, si lo haces.

Pero miento, estas palabras son el intento de aprehensión de lo que fue, quizás ni yo mismo soy yo mismo, ya que como os viene ocurriendo a menudo, Teresa, no se llama Teresa, ni es juez, ya lo sabéis, aunque sí, que aquí adentro todo es posible.

No hay mayor universo que el corazón humano.

22/09/2008

*No hay en la casa enterrada de la selva un reloj digital, ni la idea de la existencia de otros mundos como éste, o parecidos a éste que los sentidos alcanzan. Allí el mundo son sólo esos árboles que crecen al amparo del un calor húmedo extremo, bajo una lluvia diaria que baja prieta y fría; esos árboles que escuchan el canto perpetuo de los mamíferos cuando cazan, de las aves cuando cantan su orgullo de pluma en la altura. En esa casa no hay carreteras asfaltadas, ni autobuses de turistas, ni trenes de cercanías; y, menos todavía, aviones que cruzan el atlántico, o naves espaciales. El corazón de los hombres de esa casa enterrada bajo la copa vegetal no late al compás del deseo: no ansían una televisión, ni una casa, ni una ducha, ni un beso de la amada siquiera; menos, desde luego, meterse en un cine a ver una película, aunque sea de romanos. Ellos, simplemente, derraman su sangre para que la lluvia cese, para que los lagartos retiren la vista del pecho de la niña caída en desgracia, o para que la madre tierra alce el maíz sobre la cintura del agricultor.*

*El pozo sagrado, de donde sale el agua que sana los campos, está en la altura de la pirámide, en el patio de los sacrificios, rodeado del césped joven de la mañana. Esa alfombra verde, en este día señalado de sol y miseria, la pisa sólo el pie del sacerdote. Ese sacerdote es un hombre joven, de mirar penetrante, un hombre que sabe interpretar los signos de los antiguos, que no duda de la verdad que atesoran las páginas de los libros que, día tras día, lee. Libros. Los libros que escribieron otros hombres, todos sabios; otros hombres, también sacerdotes, como él, santos, como él. Hombres que levantaron el brazo con el cuchillo, que lo hundieron en la carne de ese otro hombre - vencedor del juego de pelota, deportista, amante de los sueños de la gloria y la resignación -, de ese otro hombre que cede su vida para que la vida prosiga.*

*Pero el hombre joven que baja la mano con el cuchillo del sacrificio sabe de la verdad de los libros; y también de la verdad de su corazón inquieto, que sangra y llora, y se revela. Y entonces el agua del pozo sagrado se va tiñendo de rojo: "Toda la sangre de los grandes guerreros son hojas de la misma rosa", piensa: "Toda esta sangre, al entrar en contacto con el agua de los dioses, se convierte en canto", recita.*

*Y luego sucede lo de siempre: el gorgoteo de la mezcla al transformarse en canción, en esa canción mínima que se eleva, que se eleva y que llega en la quietud de la madrugada hasta el oído dormido del santo, o del brujo, o del sacerdote. Este hombre joven que es todo eso y algo más, un dios, el intocable, abre los ojos y ve. Ve que el alma del guerrero es como una figura de niebla que habla. He ahí el licor de los dioses, del corazón de los dioses, del mundo hedónicamente divertido de los dioses.*

*Los brujos del agua no juegan con el agua, ni la beben siquiera; son hombres jóvenes que manejan el miedo a morir para siempre. Lo manejan como quien maneja la masa del pan de cada día, o la navaja*

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

*barbera sobre el mentón de un cliente, sin miedo, con la naturalidad que da la costumbre. Ellos saben lo que es el agua, el secreto que esconde el pozo sagrado. Ellos sólo la toman prestada para su beneficio. Por eso los brujos del agua que viven en la casa enterrada de la selva, esa casa en la que el pozo sagrado espera, no tienen ya espacio en el mundo de los vivos. Han quedado atrás, para siempre, como el recuerdo marchito de un viaje a lo desconocido.*

Estoy de nuevo en el trabajo, en mi puesto, con esta sensación de vacío hiriéndome el corazón. Estoy sentado ante este ordenador de la comisaría del Batán, recordando; con el reloj biológico de mi cuerpo pidiéndome dormir. Escribo a partir de las sensaciones que perviven de los días del viaje a México. Escribo desde lo que fue y ahora ya no: misterio e imaginación, ficción y realidad. Escribo desde este suspiro, desde este hilo del presente que me ata a la vida.

23/09/2008

Carlos Marzal está dormido, en el sofá que hay junto a la ventana. El sueño y la espera le han vencido. La luz entra tímidamente por las heridas de la persiana. El cuarto está en penumbra. Jacinta Ramos, tumbada en la cama, conectada a un millar de aparatos. El corazón late; pero persiste el blanco del rostro. El silencio se ve roto sólo por el compás del equipo de respiración asistida.

Igaú, el hombre de hielo, entra. Ve la situación. Mira el cuadro que hay en frente de la cama de la enferma: un campo de trigo con amapolas y algunos olivos al fondo, bajo un cielo azul oscuro, immaculado. Se acerca a Carlos.

- Hola - dice.

Pero Carlos no se despierta, tiene un sueño profundo.

Igaú toma una toalla que hay sobre la cama y se la tira a la cabeza. Carlos abre los ojos. Lo mira.

- ¡Ah!, ¿cómo va todo ahí afuera?

- Nada bien - le contesta.

- ¿Qué ocurre?

- Que nuestro amado alcalde y nuestra amada presidenta ya no quieren saber nada de nosotros. Les hemos resuelto el caso. Con eso les es suficiente.

- ¿Y qué esperabas?

- ¿Yo? Nada. Ya hace mucho que no espero nada.

- ¿Entonces?

- Jacinta tiene un mensaje en el pecho, para ti. Debes ir a México.

- Sí, pero no puedo dejarla aquí, sola, en este estado.

La puerta de la habitación se abre. Entra el viejo profesor, Israel Ordóñez. Lleva puesto un traje azul, camisa blanca, corbata. Viene sonriendo.

- ¡Hola! - dice.

Los otros le miran.

- Hola Israel - contestan los otros con voz resignada.

Hay un momento de silencio.

- Bueno, ¿qué? - pregunta Carlos.

- Está todo solucionado - dice el profesor.

- ¿Y qué es lo que está solucionado?

- Pues todo, lo del viaje a Méjico, lo de Jacinta; todo.

- Pero ella está ahí, en la cama, conectada a esas máquinas.

- Sí, pero por poco tiempo.

- ¿Y cómo es eso?

- Pues que Teresa, por su cuenta y riesgo, se ha ido a Méjico. Y ha visitado la Pirámide de la Luna. Y trae noticias, muy buenas noticias. Yo pensé que ya estaría aquí, pues me llamó hace una hora a casa y dijo que veía para acá.

En esto entra la juez. Viene con los ojos llenos de sueño, la cara descajada, de haber pasado varias noches en blanco. En la mano trae un objeto oscuro.

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

- Buenos días, muchachos.  
- Buenos días – contestan todos.  
- Bueno, pues a la faena. Todos sabéis de qué va esto, ¿no?  
- No, no sabemos nada – contestan todos.  
- Pero tú sí lo sabes, Israel, ya te conté por teléfono que todo estaba arreglado.

- Sí, pero no diste muchos detalles. Sólo que traías el agua sagrada del pozo de los brujos; y no sé que otras historias más de un sacerdote joven que ejecuta a un guerrero, un sacerdote que sufre por las muertes inútiles de los inocentes. Hablabas tan deprisa, con tanta alegría, tan atropelladamente, que apenas si te entendí algo.

- Bueno, empecemos.

Teresa le da a Carlos Marzal el objeto oscuro que trae en la mano. Ese objeto es un recipiente sellado con un líquido en su interior.

- Ábrelo, por favor.

Carlos Marzal rompe el sello, quita el diminuto corcho. En ese mismo instante, la habitación se ve inundada por un fuerte olor. Es la selva que irrumpe en la estancia. Las paredes se visten de enredaderas, el techo de ramas verdes, el suelo se transforma en lodo. Los elementos médicos se desvanecen. Jacinta abre los ojos.

- Carlos – dice.

Carlos se aproxima, la besa en la frente.

- Tengo sed – dice ella.

Carlos mira a Teresa. Ésta asiente. Carlos le derraba en la boca el líquido del recipiente. El líquido refulge con una luz inusitada mientras entra en la enferma. Ella bebe, bebe y a medida que lo hace las letras del pecho desnudo van desapareciendo. Se levanta, mira a todos, da las gracias

Entonces Teresa dice:

- Bueno, pues bajemos, el autobús espera.

- ¿Qué autobús? – preguntan todos al unísono.

- El autobús 5038, ¿cual va a ser?

- El que nos dejó en la cima de la montaña para que cayéramos, cayéramos... – dice Carlos

- Ese mismo.

- Yo pensé, que eso había sido un sueño – dice Israel.

- Y yo – dice Igaú, el hombre de hielo

- Pues no – dice Teresa -. No es un sueño. Es nuestra única realidad. Esto de Madrid, de salvar Madrid de los hombres verdes es lo que ha sido un sueño.

- No lo entiendo – dice Jacinta.

- Yo tampoco – dice la juez -; pero el mundo es como es, no como queremos que sea. Es el conductor quien decide, quien realmente conduce el autobús.

- ¿Estás segura de eso? – pregunta Israel.

- No. No lo sé, pero tal parece. Bajemos, por favor, que el conductor está muy nervioso, muy cansado de nosotros, no vaya a ser que nos deje aquí; aquí, para siempre.

24/09/2008

La cafetería tiene tres grandes cristaleras. Una da a la Calle de Alcalá, las otras dos a la Calle de la Virgen de los Peligros. En la que mira a la de Alcalá han puesto un tablero de treinta centímetros de ancho, adosado al cristal, ocupando todo el ancho de la ventana, a modo de mesa corrida, en amarillo chillón, a la altura del pecho, y han arrimado sillas con asiento a medio metro de altura. Así, los clientes, pueden tomar un café y mirar lo que ocurre en la calle, si lo desean, o abrir su ordenador portátil, como hace María, la de las cejas negras y el pelo rubio; o simplemente leer el periódico, como Arturo Fernández, el guardaespaldas retirado que vive por Argüelles y que se viene todas las mañanas andando por aquello de mantener niveles de azúcar.

Desde la calle, la sensación es que los clientes son productos: prostitutas y prostitutos. Más de un viandante se ha parado a mirar, con cara de asombro. Incluso alguno ha tocado en el cristal y ha hecho un gesto con el índice y el corazón, pidiendo un presupuesto. A María, que viene a chatear un rato con su ordenador portátil, día sí, día no, le ha pasado esto dos veces ya. La primera vez hizo un gesto de dedo alzado. La segunda, sacó la lengua, sonrío y siguió a lo suyo. Arturo, sesenta años bien llevados, es de otra manera, más humano, más correcto. La primera vez que le hicieron el gesto, un muchacho de poco más de veinte años, salió de la cafetería, le tomó del brazo y le estuvo contando que se equivocaba, que aquello era una cafetería, aunque pareciese lo contrario, y que él estaba tomándose un café y mirando la calle, el pasar de la gente, observando el mundo, como había hecho durante toda su vida, que había sido guardaespaldas y que esa vida es siempre así: un estar mirando constantemente lo que ocurre a tu alrededor. Y por supuesto, que sus gustos eran muy otros.

Desde dentro, como desde este lado del mostrador del kiosco, la cosa es distinta. Se ve el trasiego de la calle. La chica del pantalón blanco y la chaqueta roja que va a trabajar al Banco de Santander, el señor de traje gris y corbata en tonos azules que compra El País, el agente de movilidad haciendo sonar el silbato, unas veces con fuerza, cuando está de buen humor, otras apagado, cuando ha discutido con la esposa, o la amiga, o la querida, el estudiante de violín, que va ligero y deja que el viento se lleve el olor a crisantemo de su desodorante, el del maletín rojo, que lleva un libro de ciencia ficción que no lee, etc. Pero hay una diferencia entre los clientes de la cafetería y la dueña del quiosco. Ellos están descansando y están a lo que están, a tomarse el café, a relajarse; no tienen por qué sonreír. Ella está trabajando, y el cliente es el cliente. Ella tiene que sonreír siempre, que una sonrisa no cuesta nada y ayuda mucho. Y más siendo mujer, y teniendo algunos kilos de más, y una voz ronca del tabaco.

Aurora, la del kiosco, lleva veinte años en el oficio, veinte años levantándose a las cinco de la mañana, veinte años vendiendo actualidad. Tiene dos hijos ya mayores que viven por su cuenta. Y un marido enfermo que, en verano, cuando el aire es muy seco y no le

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
*Santiago Solano Grande*

chirrían los pulmones, le ayuda a cargar con el peso de los fardos de periódicos. El día que está él, ella no se siente a gusto. Está nerviosa, protesta por todo, suda, incluso grita. Él es un hombre apocado, al que hay que decirle las cosas muy claras, explicarle las cosas tres o cuatro veces. Y eso la desespera. Le estorba. Pero ella, cuando él está mejor, se lo trae al kiosco, para que se airee un poco. Porque si no se lo trae, ella sabe que él no se levantará de la cama hasta que ella llegue a casa, sobre las cuatro o las cinco de la tarde. Y eso significa que estará peor, muy desanimado, que habrá que levantarlo, como un fardo más, que habrá que meterlo en la ducha, asearlo, sentarlo luego ante el televisor. Hacer la cena, darle de cenar, acostarlo. Acostarse.

Aurora la del kiosco y los clientes de la cafetería se pasan el día mirando el mundo, pero eso sí, con ojos distintos.

25/09/2008

María se siente a gusto en el Starbucks Coffe, el que tiene una cristalera a la Calle de Alcalá, sentada en la silla de la esquina, en esa silla desde la que ve el kiosco, la vendedora de periódicos y su eterna sonrisa, los coches que entran y se pierden en la Calle de la Virgen de los Peligros, los que se alejan hasta hacerse una mota de polvo por la Calle Sevilla, los que continúan por Alcalá en dirección a la Puerta del Sol. Le gusta el café ligero con nata servido en un vaso de papel plastificado, de corte alto, con ese regusto a canela, y esa tapa. Le gusta sorberlo con la pajita mientras mira el ir y venir de la gente, mientras siente la prisa de esta sociedad en la que lo primero es tener, tener mucho, mucho de todo. Le gustan las napolitanas de chocolate, suaves, cremosas, las que se derriten en la boca. Y sobre todo le gusta el que, cuando está conectada a La Red con su ordenador portátil, le permitan que encienda una barrita de incienso, para crear su propio ambiente, para abstraerse, para acercarse lo más posible a la realidad de esa otra persona con la que habla, allá, en la selva, en San Juan de Chamula.

La hora u hora y media que María pasa en la cafetería, día sí, día no, es el centro de su vida. Es la hora del recargado de pilas. El resto de los días de su vida son amorfos, días de luz turbia, noches de insomnio. Ese tiempo, ahora que ha encontrado un norte para su existencia, son las horas de reflexión, las horas necesarias para ir componiendo el mosaico del mundo, para ir casando las piezas del puzzle desordenado de su alma. Nada importan ya las recriminaciones de su madre, ni los gritos histéricos de su padre, ni las miradas de desprecio de sus hermanos, tanto del mayor, como del menor. Todo eso es el precio que tiene que pagar por estar así, sin hacer nada, sin producir nada, comiendo la sopa de papá que prepara mamá, bebiendo el agua del grifo, y sisándole a mamá del bolso las cuatro perras que le sobran. Porque ése es el objetivo de su vida, compensar el exceso de los otros. Ella siente que está en este mundo precisamente para eso, para que el exceso tenga su contrapunto: un contrapunto de defecto: “¿No tiene el día su noche? ¿No tiene el amor un punto de roce con el odio? ¿No tiene la sed el agua? ¿No tiene el calor su inverso, el frío? Entonces, ¿por qué en mi familia, que trabajan todos, padre, madre, hermanos, no ha de haber alguien que descansa por todos ellos?”, piensa. María lo tiene muy claro. Por eso habla, día sí, día no, desde su ordenador portátil, en esta cafetería de Madrid, con Itza Maculay, la hechicera de San Juan de Chamula.

- *Hola Itza* – escribe María en su ordenador.
- *Hola María* – le contesta la hechicera desde San Juan.
- *¿Qué tal va el niño de los Maú-ley?*
- *Va mejor. Sus padres son grandes creyentes. Han pasado ya al tercer estadio. Han puesto las velas al dios de los jesuitas. Han rezado toda la madrugada, han matado la gallina delante de mí. Me han rociado los pies con su sangre. Yo les he hecho respirar a fondo el incienso*

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

*mezclado con menta. La madre no lo ha soportado, se ha mareado, ha caído al suelo, los ojos en blanco. Yo, rápidamente, le he aplicado el conjuro de los malos espíritus y ella se ha despertado, se ha despertado con esa tranquilidad nerviosa que sigue a una crisis. He bailado, después, en torno a la mesa de los sacrificios, más de una hora, sobre las ascuas. He bebido, he bebido “chichá” hasta desvanecerme, hasta volver con el dolor de la mujer y el dolor del hijo en mi cabeza. Luego me he tomado una aspirina. Todo ha ido bien. ¿Y tú, qué tal tú?*

*- Yo bien Madre Itza. Un poco cansada de tanta regañina; pero contenta, contenta de estar en el camino.*

*- ¿Has preparado la pócima?*

*- No Madre Itza. Me falta la raspadura seca del pez araña. Nadie sabe nada de eso en ese país, y la Tartrazina, que la tengo solicitada por Internet, pero todavía no ya llegado.*

*- Bueno. Ten paciencia. Tras la ingestión de esa bebida, todos en la familia te van a mirar de otra manera. Ya verás. Comprenderán perfectamente tu misión en el mundo. Tendrán eso sí, una pequeña urticaria, en los brazos sobre todo. Una urticaria que deberás de curar tú misma, con las cremas que aguacate que ya tienes preparada.*

*- Gracias, Madre Itza.*

María está tan absorta en su conservación electrónica que no se ha dado cuenta de la entrada en la cafetería de un joven de unos treinta años. Viste traje gris, camisa blanca, zapatos inmaculados, corbata azul. Va peinado, el pelo sujeto con brillantina. Pasa los ojos por todo el local hasta que la encuentra. Va derecha hacia ella:

*- ¿Qué coño estás haciendo, María?*

*- ¡Ah!, eres tú.*

*- Sí, yo soy, tu hermano mayor. Soy yo. Yo. Y te estoy preguntando, ¿qué estás haciendo?*

*- Ya lo ves, estoy tomando un café, una napolitana... y hablando con una amiga.*

*- Ya, estás haciendo lo que no debieras hacer. ¿Vas a pasarte la vida así, de sanguijuela?*

*- Perdona, un momento, hermanito.*

*- Lo siento, tengo que dejarte, tengo un problema. Mi hermano mayor* – escribe María en su ordenador.

*- Vale. Suerte* – contesta la hechicera desde San Juan de Chamela.

María corta la comunicación, apaga el ordenador, lo mete en la bolsa de transporte. Luego, serena, con un brillo extraño en los ojos, dice:

*- ¿Quieres un café?*

*- ¿Y quién lo va a pagar, tú?*

*- Por supuesto.*

*- ¿Con tu dinero?*

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

- No. Con el dinero de papá.  
- ¿Y no te da vergüenza a tus treinta años estar así, sin nada?  
- No. Y a ti, ¿no te da vergüenza a tus treinta y seis años el no haber formado un familia, porque no tienes tiempo, porque tu trabajo te absorbe por completo, el no tener un día libre para irte a un bosque a respirar el aire puro del campo, porque no tienes tiempo, porque tu trabajo te absorbe por completo, el...

La bofetada del hermano suena como un disparo. Hay un silencio tenso. Ella se queda un instante petrificada, luego empieza a gritar:

- ¡Pero quién te has creído que eres, imbécil!

El levanta la mano de nuevo, intenta abofetearla. Pero el golpe se queda en el aire, sujeto por el fuerte brazo de Arturo, Arturo Fernández, el guardaespaldas, que lo ha visto todo. Aurora desde el kiosco, también. Los dos sienten lástima por la chica, por Maria, la de las cejas negras y el pelo rubio.

26/09/2008

- ¿Pero qué hace? – dice Jorge, el hermano de María.

Arturo ha girado el brazo del agresor y lo ha puesto en su espalda, de tal manera que al mínimo intento de zafarse, con un simple giro hacia arriba lo inmoviliza de dolor.

- La violencia, como está comprobando no es buena, amigo.

- Bueno y a usted quién le da vela en este entierro.

- Yo mismo. No me gustan los hombres que pegan a las mujeres.

- Pero usted no sabe lo que está haciendo; mi hermana, es, necesita, usted no sabe si se merece o no...

- Bueno, basta de cháchara.

Arturo suelta la mano de Jorge, lo coge por la cintura, lo levanta del suelo, sale de la cafetería y lo deja en medio de la acera. Le señala con el dedo índice de la mano derecha y le dice:

- Y no se te ocurra entrar, de nuevo, porque entonces me tendré que poner muy serio.

Jorge se queda en la acera, perplejo, luego reacciona, se ajusta la corbata y se marcha calle Alcalá abajo, hacia la Plaza de Cibeles. Cuando Arturo entra en la cafetería es recibido por una lluvia de aplausos. Él no dice nada, sonrío simplemente. Se acerca a María y le pregunta:

- ¿Estás bien?

- No sé – dice ella.

- Si te encuentras mal, te llevo a urgencias.

- No, no es eso. Es que mi hermano es muy orgulloso. Y cuando llegue a casa esta noche no sé que va a pasar. Se lo habrá contado a mamá, a papá, a mi otro hermano, y los tendré a todos contra mí.

- Ya veo, una situación complicada.

- Y tanto. No sé qué hacer.

- ¿Y cómo has llegado a esto? – pregunta Arturo.

- Es largo de contar, y complicado; y tú eres un extraño.

- Bueno, si no necesitas ayuda, pues hasta luego, Lucas – dice Arturo haciendo ademanes de irse.

- Claro que la necesito, todos la necesitamos. Pero, ¿tú quién eres? – dice ella posando la mano izquierda sobre su brazo derecho, como sujetándolo

- ¡Ah! Perdona. Me presentaré. Me llamo Arturo Fernández. Y ya estoy jubilado. He sido más de media vida guardaespaldas. Y la otra media me la he pasado como tú, discutiendo con la familia. Mi padre era un zapatero que trabajaba todo el día y parte de la noche para dar de comer a sus siete hijos. Mi madre, un ama de casa de las de siempre. Mis hermanos pues, uno maestro, otro minero, otro siguió los pasos de mi padre, mi hermana mayor, los de mi madre, se casó con un viajante y vive en Lavapiés, con tres niños. Bueno, una familia de las de antes. Yo, a tu edad, también tuve problemas en casa. Mi padre no entendía que yo quisiera ser guardaespaldas. Le parecía una profesión muy arriesgada. Pero a mí me gustaba el deporte, el boxeo, en concreto, y

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

estaba harto de hacer peleas en cuadriláteros inmundos, ganando cuatro perras y llevándome muchos golpes. Fue Andrés, un compañero de la mili, el que me orientó hacia ello. Me dijo que se vivía bien. Que con aprender a mirar era casi bastante, y que con mi historial de boxeador, que tenía mucho ya ganado. Así que un buen día me presenté en las oficinas de una empresa de seguridad, Ocaso, se llamaba y se llama todavía. Me hicieron un cuestionario para medir la inteligencia, unas pruebas de resistencia que lo bordé, y me volví a casa, a esperar que me dijeran algo. Tardaron poco más de una semana. Desde entonces no he hecho otra cosa que eso. Llevaba razón mi amigo. El trabajo era cómodo, sólo con estar muy atento era bastante. Además en la compañía, cada dos por tres nos daban cursos, curso de localización de objetivos peligrosos, de los perfiles de los agresores. Bueno, todas esas cosas. Así hasta el año pasado, que me dieron esta jubilación anticipada. Me la dieron porque ando un poco mal del azúcar, y porque, claro, los años no pasan en balde. Vivo en un piso de soltero, por Argüelles.

María se quedó en silencio. Le miró detenidamente. Vio en él la expresión de un hombre honesto, de no muchas luces intelectuales, pero cabal.

- Bueno, pues te cuento. Yo he llegado a esto porque en mi familia todos son superdotados. Mi padre es gerente en unos grandes almacenes, sabe de números que ni te lo pienses, y está forrado de dinero; tan forrado que mira a todo el mundo desde arriba, desde el poder. A veces no sé si cuando me habla, habla con su hija, o con una extraña. Mi hermano mayor, el que has puesto en la calle, va por el mismo camino, es ya director de una sucursal del Banco de Santander, y va por el camino de mi padre. También se le dan bien los números. También empieza a mirar a la gente como instrumentos para su beneficio. No sabe nada de la caricia del viento en la cara en una tarde de primavera, ni de darse un baño desnudo en el mar, al amanecer. Y el otro, mi hermano pequeño, es profesor de lenguas muertas en la universidad, una eminencia que sólo habla con los muertos.

- ¿Y tu madre?

- Mi madre está presa en una jaula de oro.

- ¿O sea que estás sola?

- Sí, un poco.

- Bueno, pues ya somos dos. Yo también estoy solo. Todos mis familiares murieron, y mis amigos todavía trabajan, así que estoy solo. Por eso vengo aquí todos los días, a dar un paseo, a leer el paseo, a ver pasar a la gente. ¿Quieres que seamos amigos?

- Vale, pero con una condición.

- ¿Cuál?

- Tienes que ayudarme a cambiar el mundo.

- Yo, un viejo, ¿cambiar el mundo? Mucho me parece.

- Bueno, empecemos por tomar un café.

- Vale, pero invito yo - dice Arturo.

29/09/2008

Aurora, desde el kiosco, se alegra de lo ocurrido. “Qué pena que él sea tan mayor; qué pena porque hacen muy buena pareja, hay algo que les une, no sé, quizás sólo sea una corazonada mía, pero es como si se conocieran de toda la vida”, piensa. Piensa y les mira. Y mientras atiende a un hombre de mediana edad, que le paga el periódico, mientras sus ojos ven una frente que entra muy arriba en la cabeza, una frente que es también una calva aunque incipiente, ve que piden un café, que comparten una charla animada. Luego, tras reorganizar las revistas del corazón sobre la barra que la separa de la calle, observa el brillo inequívoco de la tranquilidad reflejado en los ojos de ella, como si nada hubiera pasado, y el del asombro en los de él, como si fuera ella con tan pocos años quien lo estuviera encandilando, a él con mucha más experiencia, con su palabra, con el contenido de esa conversación que se muere por oír. Ella sonríe mucho, mucho; y él está atento, muy atento, como un niño que quiere aprender todo, que no quiere que se le escape ningún detalle.

- Sí Arturo, el mundo está del revés. Por eso hay tanto dolor, tanto sufrimiento. Hay millones de personas que no tienen ni para comer, y unos pocos que no saben ni lo que realmente poseen. Se hacen idea con los balances anuales, con las cuentas generales, pero en realidad no saben el total exacto de lo que tienen. En esta sociedad, no eres nadie si no tienes. Tanto tienes, tanto vales. Eso es lo único que cuenta. Nada importa los conocimientos que tengas, ni lo buena gente que seas. Sólo se define a la gente por lo que tiene. Y el colmo de la aberración de todo esto son esos lugares privados en los que sólo pueden entrar, o los que son socios - que ya se sabe, pagan un pastón tonto por serlo -, o los que van vestidos de determinada manera. Porque, ¿sabes que hay sitios en los que si no llevas corbata no te dejan entrar? Es increíble. No sé cuando, en las revistas que llaman del corazón, apareció un artículo que trataba ese asunto. Pero no, no lo trataba desde el punto de vista desde el que yo te lo cuento. Lo trataba porque cierto personaje famosillo quiso entrar en cierto lugar con pantalones tejanos y camisa, como va la gente por la calle. ¿Te querrás creer que se tuvo que poner una corbata? Pues eso. Y ésta es la síntesis de la sociedad en la que vivimos.

- Claro - dice Arturo -, así funciona el mundo. El que tiene marca las normas. Las marca porque puede, porque el dinero tiene eso. El dinero corrompe al más bragado. Yo no he tenido en mi carrera como guardaespaldas ningún problema de soborno. No sé si porque no se han fiado nunca demasiado de mí, o porque si me lo han propuesto no me he enterado, que esas cosas las hacen con tanta discreción, que hay que andar muy finos. Pero sí he conocido gente que nos ha puesto en grande apuros porque estaban vendidos, incluso uno de mis compañeros recibió un disparo que casi acaba con él. Que por cierto, mañana o pasado mañana tengo que ir a verle, a llevarle unas revistas. Está paralítico, de esos que tiene que ir en silla de ruedas, de esos que

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

de cintura para abajo no mueven nada. Yo voy a verle de vez en cuando, le llevo unas revistas, hablo con él. Él me cuenta su vida en el hospital, sus adelantos, sus ilusiones de paralítico. Yo le cuento que sigo como siempre, con los ojos bien abiertos, catalogando a la gente según sus cualidades físicas, como cuando estaba en activo, que no me acostumbro a estar sin hacer nada.

- Pero hay otro mundo Arturo. Al otro lado del Océano Atlántico hay otro mundo. Hay un pueblo en el que vive una gente. Viven de forma distinta. Allí el dinero no es el centro de la vida. Allí todo gira en torno a las creencias. Son las creencias quienes marcan la convivencia. Supongamos que creemos que hay un dios de la lluvia, un dios que manda el agua para que el maíz crezca. Si no llueve, la gente empieza a pensar qué estará pasando, qué habrán hecho para que no llueva, que acto malo habrán realizado para que ese dios se haya enfadado con ellos y no les mande la lluvia. Si no llueve las cosechas se pierden. ¿Qué hacer entonces? Dime, ¿qué harías tú?

- No sé - dice Arturo -. Yo no creo esas cosas. A mí mi madre me dijo que había un sólo dios verdadero al que había que quererle sobre todas las cosas. Pero luego el mundo te enseña que ese dios no hace nada por ti, que todo te lo tienes que buscar tú, que nadie te lleva la comida a casa. Yo sí creo que hay un dios. Pero un dios que es el que hace que llueva, no.

- Bueno, y cuando estás malo, ¿no piensas que a lo mejor ese dios único se ha enfadado contigo y te está castigando?

- No. Por qué me iba a castigar. Yo no hago nunca mal las cosas a sabiendas. Yo cumplo con mi trabajo lo mejor que puedo, lo mejor que sé. Y si tengo azúcar ahora en la sangre es. Es. No sé, porque sí.

- Y si fuera porque te has portado mal y Dios te está castigando.

- Pero yo no he hecho nada malo.

- Y si lo hubieras hecho sin saberlo, ¿qué?

- No sé. ¿Tú crees que yo tengo azúcar porque no he hecho bien mi trabajo?

- No. Tú tienes esa enfermedad porque las personas mayores, algunas de las personas mayores, la tienen.

- Entonces yo lo he hecho bien, no debería tener este castigo, este castigo que no me deja trabajar, que es toda mi vida.

- O sea, que te sientes castigado.

- ¿Por Dios? No. Pero es una faena, con lo que me gusta a mí mi trabajo.

- Y si haciendo un sacrificio al dios del azúcar pudieras curarte, ¿lo harías?

- ¿Es que hay un dios del azúcar?

- No, no, es un ejemplo.

- Si me pudiera curarme y volver a trabajar, haría lo que fuera.

- Pues en ese mundo del que te hablo la vida funciona así. Si tienes una enfermedad vas a ver a Itza, la hechicera. Ella ve contra qué dios has pecado, te toma el pulso y descubre tu enfermedad. Luego,

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

según sea de grave la cosa, te manda que le hagas un sacrificio. Si lo haces como te lo dice, sanas.

- ¿Y quién es esa Itza, que sabe tanto?

- Itza es una amiga que tengo que presentarte. Vive en México, en un pueblo que se llama San Juan de Chamula.

- Si viene a España, vale, que yo a México. Eso está muy lejos para mí.

- Sí, ella viene a España, de hecho estaba aquí hace un rato, cuando vino mi hermano, estaba hablando con ella.

- Pues yo sólo te veía con tu ordenador.

- A eso me refiero, me escribo con ella, hablo con ella. Ella allá, en México, en su aldea. Yo aquí en Madrid, en esta cafetería.

- Lo que es la técnica – dice Arturo.

Lo dice y sonríe, con una sonrisa incrédula. Arturo apenas sabe escribir.

30/09/2008

Aurora, la del kiosco, mide poco más de metro sesenta y cinco. Es regordeta, con cara vacuna, sin pintar, cejas y labios gruesos, con coloretos vinosos naturales en la cara. Es una trabajadora infatigable. Y una conocedora del refranero, con un ojo acertado para el cliente, consecuencia de una dilatada experiencia. Esta misma mañana, cuando María, la que chatea en la cafetería de enfrente, le ha comprado la revista Personal Computer & Internet, estaba diciéndole a otra persona que hay gente muy desagradecida, que llegan, le preguntan por una calle, como si ella fuera un plano de Madrid, y ni siquiera le dan las gracias.

- Qué menos que unas gracias, ¿no?- dice.

- Por lo menos eso, que la educación es muy importante - contesta María ante el silencio de la rubia vestida de blanco, que parece que lleva prisa, o que le importa un bledo lo que dice Aurora.

- Mi madre decía - prosigue Aurora, la del kiosco - que aunque uno sea pobre, ha de ser honrado, y tener modales. Y que cuando uno le pregunta alguna cosa a alguien, por lo menos darle las gracias, por la ayuda, por la gentileza; y en todos los casos, si te indican bien, como si no. Porque si no, no nos diferenciamos en nada de los animales. Gruñido va, gruñido viene. Y lo digo porque acaba de preguntarme un señor de traje y corbata que si le podía indicar hacia qué lado caía la calle de Los Madrazos. Yo, ya me conoces, le he indicado. Y se ha ido el tío sin dar ni lo buenos días. Tanto traje y tanta corbata, y tan poca educación.

- Es verdad, que se van perdiendo los modales, sí- dice María.

- Bueno, y ¿qué te pasó el otro día, con ese energúmeno? Menos mal que estaba Arturo, que es un hombre cabal, si no, yo ya te veía en el suelo.

- Ese energúmeno, es mi hermano.

- ¡Hay! Perdona, que no quería ofender.

- No, si no ofendes. Si es un poco bestia. Nada, Aurora, que no les gusta la vida que llevo, que creen que estoy perdiendo el tiempo, que no hago nada. Seguro que mi padre le llenó la cabeza de ideas raras. Y él, como es más joven, pues vino a arreglar el mundo. Y es verdad, que si no está Arturo, me hubiera hecho pasar un rato malo. Pero luego, en casa, se despachó a gusto.

- ¿Te pegó?

- No, allí, delante de los otros, de papá, de mamá, de Manuel, no se atrevió. Pero tuve una cena buena. Empezó él, contando todo lo que había pasado, que le habían agredido, que le habían puesto de patitas en la calle. Pero el muy tunante se calló que me había pegado. Puso a Arturo de matón, de pistolero, de asesino. Luego se metió conmigo, como siempre, que si estoy siempre chateando, que vete tú a saber con quién, siempre jugando, siempre perdiendo el tiempo. Que tomo demasiadas infusiones de hierbas raras. Ya sabes lo de siempre. Luego empezó mi padre. Luego mi otro hermano. Y mi madre callada, como

**ESCRITORES EN RED. ASOCIACIÓN MARQUÉS DE BRADOMÍN**  
**Santiago Solano Grande**

muerta. Vamos que tuvimos una cenita movidita. Sólo ella, al final, en los postres, levantó unas palabras de ayuda. Dijo: “bueno, vale ya, ella vive su vida, sí, pero no hace mal a nadie”. Mi padre le contestó que nunca llegaría a nada, que si me desheredaba, me iría derecha a la mala vida.

- ¡Qué fuerte! ¿Y qué vas a hacer?

- Nada. Yo lo tengo muy claro. Yo quiero vivir así, con mis cosas.

A propósito, ¿qué tal tu marido, se ha tomado esas yerbas que te dije?

- Sí, se las ha tomado.

- ¿Y?

- La primera vez tuvo una buena vomitona. Algo de debió de sentar mal. Luego, parece como si se hubiera acostumbrado. Y él me las pide. Dice que respira mejor, mucho mejor. Y tiene que ser verdad, porque por la noche no le oigo los pitos, y la hace de un tirón. Y qué tonta soy. Ni te he dado las gracias.

- No te preocupes, no tiene importancia.

- Sí, si la tiene. Es precisamente lo que estaba diciendo.

- Bueno, en mi caso no es a mí a quien tendrías que dar las gracias, que yo de esto, de sanar a la gente no tengo ni idea, tendrías que dárselas a Itza, la hechicera.

- ¿Y quién es esa?

- Una amiga mejicana con la que hablo casi todos los días. Es muy lista, y más que nada, muy cariñosa y comprensiva, lo entiende todo. Es como si ella hubiera vivido ya esta vida, y otras.

- Bueno, mientras funcione lo que mande, como en mi caso, pues bien, ¿no?

- Claro – dice María. Y entra en el Starbucks Coffe, pide un café, se sienta de cara la calle, saluda con la mano a Aurora, abre la revista y se pone a leer.